13033

AGUSTÍN DE FOXÁ



Cui-Ping-Sing

Cui-Ping-Sing es una muy hermosa historia de amor, que recuerda a Tristán e Isolda pero con los ojos rasgados, si no cegados del todo por la pasión. Así habla Hoang de su amada:

Las otras son mujeres,

pero ella es el amor.

Las otras pasan,

miran y besan; son lagos azules

en cuya orilla se refleja el alma.

Pero ella es lago

que no refleja, ahoga.

Toda la obra está transida de un lirismo como de porcelana, lleno de matices como los tés mejores, y un poco de pega sin embargo, como el vulgar que se hacía pasar por scotch en labios de señoritas en lugares de reputación dudosa que Foxá frecuentó sin duda.

Es la historia de un amor imposible, Cui-Ping-Sing; es decir, de un amor verdadero, que aguarda desde siempre a consumarse. Foxá acude aquí al imperio chino, tras haber sido diplomático en las ruinas del austrohúngaro. En su apropiación de lo oriental, tan fina, me recuerda a páginas de alguien que es su antípodas en lo ideológico, el escocés Alasdair Gray.

Lectulandia

Agustín De Foxá

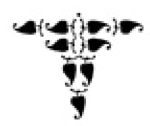
Cui-Pin-Sing

ePUB r1.1
BobMol 06.03.2014

Título original: *Cui-Pin-Sing*
Agustín De Foxá, 1940
Diseño de portada: BobMol

Editor digital: BobMol
ePub base r1.0

AUTOCRÍTICA



Publicada en «La Voz de España», de San Sebastián, el 29 de diciembre de 1938.

Escribí «*Cui-Ping-Sing*» documentándola en la imaginación. Ya sé que es una China inexistente, como si se hubieran animado unos esmaltes y pretendiéramos descifrar el drama de un biombo. Porque nunca estuve en China pude hacer Cui-Ping-Sing».

Un viejo otoño de grandes hojas pone melancolía en los pabellones del Oeste. El emperador se cansa de melodías y máximas morales. Hoang-Ti, su primer ministro, que ha empolvado su juventud en los pergaminos donde con tintas vegetales escribe tratados sobre el pulso o los cálculos de un eclipse, es el encargado de recorrer las tierras buscándole hermosas muchachas. La belleza de la mujer es un vendaval en el delicado jardín interior del alma del sabio. Su corazón, que antes era como un mineral, se convierte en ávida esponja. Allí una boca a la sombra de una pagoda, y en las provincias del arroz los ojos de la hija del leproso y, finalmente, todo el amor en la choza de Kuad-Si.

Drama entre la felicidad y la obra. Para pasearse por el jardín hay que abandonar la biblioteca.

Quién creyó, despectivo, que el polvo de los caminos estaba formado por bocas de mujer, ha de exclamar, arrebatado:

«Ya sé para qué sirve la sangre de los hombres.
Para vestir como una red de plata
al alma en primavera».

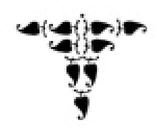
Necesitaba ese paisaje fabuloso de vientos y dragones, para dar libre vuelo a las metáforas; la americana, el zambulón largo (heredado de la revolución francesa) son hostiles al verso. Por eso situé mi obra en un mapa sin contornos, más allá del tiempo y del espacio, en una civilización de abanico llena de

viejas tumbas, raros símbolos y milenarias cortesías No he querido estudiar etnografía, ni arqueología china, ni copiar sus costumbres.

Su estreno constituye para mí una gran ilusión: si triunfa «Cui-Ping-Sing», una gran parte de su éxito se deberá, en primer término, a los admirables artistas Isabelita Garcés, Rafael Rivelles y Rafael Bardem, así como al resto de la compañía, a Arturo Serrano, que con valentía, casi de parapeto, ha montado, en plena guerra, mi obra con toda esplendidez y decoro; al finísimo artista José Caballero, que con acierto insuperable ha juntado sus sueños más difíciles y mis paisajes más recónditos, y al magnífico escenógrafo Redondela, que ha realizado barcos, palacios y jardines con clara visión y pincel diestro.

Por ellos, y por mis años de juventud y de vehemencia que he encerrado en sus versos, deseo que «Cui-Ping-Sing» no os enoje cuando a la sombra de los cerezos se disponga a contaros su terrible historia.

Prólogo para Zaragoza



Publicado en «Amanecer», de Zaragoza, el 15 de febrero de 1939.

«Cui-Ping-Sing» es como si se animasen las figuras de un biombo, como si dialogaran las vivas pinturas de una caja de laca; el drama en un abanico, en el decorado de un jarrón chino.

He querido hacer teatro poético; sé que en un mundo febril de bares, cines, taxis y preocupaciones inaplazables, acaso sea ésta una pretensión audaz. Pero creo que el dolor de estos años terribles han espiritualizado, sin duda, al público español y que sobre su tristeza es tarea de poetas y de escritores desencadenar el viento vigoroso de la fantasía y la brisa fresca y coloreada de la imaginación.

Es demasiado tediosa y vulgar la vida para reproducirla íntegramente. ¡Oh, tristes comedias, simples espejos de lo cotidiano, con el diálogo de todos los días y en los cuales los tres actos transcurren en una fonda modesta o en una portería! Sin negar méritos al buen teatro costumbrista, opino que el teatro —juego vivo de las pasiones de los hombres— debe, como el Imperio, estar tocado de grandeza.

Un dulce otoño milenario cubre de neblina y del vaho de los corzos, los húmedos parques de Pekín, entristecidos por las grandes hojas amarillas que se abarquillan junto a los pabellones de seda. El otoño inclina a la nostalgia y a la ternura del corazón. Por eso el emperador de la China siente la necesidad del amor. Su ministro Hoang-Ti, sabio letrado (que hace delicadas caligrafías con tintas vegetales en los pergaminos y anuncia, sin equivocarse, los eclipses), es el encargado de recorrer las tierras del Imperio buscando a su señor hermosas muchachas.

El pintor Chang pintará los dulces rostros de las escogidas sobre sedas atirantadas.

Como veis, casi un argumento de niños. Pero acaso los niños —con su

Salgari, con su Julio Verne, con sus Aventuras— ¿no son muchas veces más poetas que sus padres, esclavos ya del escalafón, de la clientela o de la oficina? Certeramente alguien ha dicho que la poesía es niñez fermentada.

La escena española tiene que salir de los interiores, de los salones para juegos de prendas, de los balnearios chistosos, de los columpios del sainete, y abrirse fastuosamente, al aire nuevo de los paisajes exóticos, de los argumentos de fábula; llenarse de leyenda, de hondura, de dramas del Norte o del Sur, de profundas pasiones y de grandes símbolos.

Sería en mí absurda vanidad pretender ser ni siquiera el iniciador de esta corriente que ya se atisba y que hará al teatro digno de la hora histórica que vivimos. Pues si la lengua sigue al Imperio, grave empaque y nobleza ha de tener el teatro, que es su expresión, para no desmerecer de las armas victoriosas que la custodian y extienden por el mundo.

De lo que estoy seguro es de que mi intención, al escribir esta obra, ha sido absolutamente honrada.

He de añadir que Isabelita Garcés presta su voz suave y su feminidad delicada a mi protagonista; que Rafael Rivelles, orgullo de nuestra escena, llena de ternura, de fuerza y de dramatismo a la figura del sabio Hoang-Ti; que Rafael Bardem, magnífico actor, es un emperador de la China pletórico de severa majestad, de pasión y de cortesía, y que los demás, actrices y actores, realzan con su arte (por barcas, palacios y jardines) una China impregnada de emoción y de lejanía. Arturo Serrano ha montado la obra con toda esplendidez y decoro.

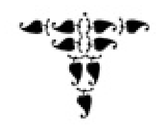
Mi deseo es que este público de Zaragoza, tan entendido en cuestiones teatrales, acoja con simpatía a mi «Cui-Ping-Sing» cuando esta tarde, a la sombra de los almendros pintados, comience a contar su vieja historia amorosa y terrible.



REPARTO

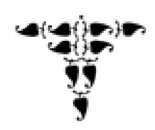
EL EMPERADOR DE CHINA
HOANG-TI
CHANG
SI-TING, DAMA
SHUNG, DAMA
JUNG-LU, DAMA
KAO-TING, CORTESANO
CAPITAN DE PIRATAS
PIRATA I
PIRATA 2
AFU
PIRATA DE ALTA MAR
CUI-PING-SING
EL CANCILLER LIANG
HONG-WU, GUERRERO
YIN-SI, ASTROLOGO
SABIO
UN ESCLAVO
KIA-KING, DAMA
MU-WANG
UL-XI, VERDUGO
EL MAYORDOMO

ACTO PRIMERO





CUADRO PRIMERO



Biblioteca Imperial en Pekín: atardece dulcemente sobre el oro anaranjado de los pergaminos. Ventana sobre un Parque. Luz anaranjada. En escena el EMPERADOR y HOANG-TI su primer Ministro.

EMPERADOR

Al ojo de las garzas
sube la niebla espesa del otoño.
Escucha
qué desgarrado el grito de los faisanes
entre hojas amarillas y el vaho de los corzos.

(Pausa).

La luz anaranjada
sobre las verdes tejas de las torres.
¡Qué cansado el crepúsculo del mes del viento y del dragón!
Cómo envejece el alma…
Estoy triste, Hoang-Ti, como el otoño.

HOANG

Señor,
junto a la escalinata
te aguarda un carro blanco tirado por cameros, vete hacia la Pagoda de la Cigüeña Roja; allí te esperan
una muchacha tártara
de hermoso pecho,
una copa de vino, con trozos de naranja,
y un eunuco moreno
que juega al ajedrez con piezas de oro.

EMPERADOR
No, no iré;
me cansan esos besos siempre iguales;
solamente mi amada,
la que vivía
al extremo del Parque
donde cardos y zarzas
convierten mi jardín en campo libre,
besaba
de manera distinta cada noche.
Ya no la veré nunca…
está muerta en
el camino de Pekín,
bajo la Puerta verde…
Cuando en la biblioteca
lejos,
la luna verde hiela mis rosales,
todavía
el sol calienta en su ladera.

HOANG
Príncipe, olvida,
el dolor en los libros;
las mujeres se agostan con el tiempo,
más la sabidurría
cada año resplandece más perfecta

EMPERADOR

(Evocándola con nostalgia).

La robé de una playa,
daba frutas de tierra
a la boca salada
de los piratas jóvenes.
Vivía en una choza de bambú
revestida de seda
con un verde farol en la ventana,
las olas se estrellaban en su cuerpo
y comía cerezas y pescados.

HOANG
Mi señor, eres fuerte,

posees mil ciudades con cien puertas;
doscientas mil pagodas,
tus generales suben en cometas
para espiar los enemigos,
tus puentes aprisionan los torrentes;
tienes joyas y astrólogos,
doscientos barcos y diez mil caballos,
mil monasterios y tres mil castillos,
una espesa muralla
de mil doscientos leguas
que podría
recorrer todo el borde de la lima,
y, sin embargo,
estás triste, señor, como un hambriento,
Príncipe de Mongolia,
porque ha muerto
una blanca doncella
al extremo del Parque
donde las viejas tapias
rozan la espalda gris de los mendigos.

EMPERADOR
La mujer es la espuma de las cosas.
¿Qué me importa el Imperio,
si sus ojos
se disuelven en césped?
Está muerta, Hoang-Ti.
Muerta. ¿Tú sabes
qué noches, qué cenizas, encierra esa palabra?
Muerta ya y para siempre.
Igual que una corteza
la piel que acaricié
hormigas y gusanos
llevándose a pedazos su sonrisa
la muerte; ¿qué es morir?

HOANG
Nada sabemos.
Los campesinos creen
que el polvo del camino está formado
con bocas de mujer; Fan-Chin decía:

«Todo acaba en la muerte».
«Los pensamientos»
«son al cuerpo del hombre»,
«como el corte es al sable»;
«cuando el sable se ha roto»,
«¿qué ha quedado del corte?»
Otros afirman que cambiamos de vestidos,
que las almas trasmigran
y se posan en cuerpos diferentes.
Acaso, mi señor, esa muchacha
es ya vino en tu copa,
granizo en el cristal de tu ventana.

EMPERADOR
Era bella; su boca
llenaba de colores
la niebla de mis sueños.

HOANG
Amas lo que perece.
Yo, que he dado
mi juventud y mis ojos a los libros,
no sé llorar.
Los besos y el otoño
pasan, señor, acaban.
Una muchacha es sólo una tierra que ríe.

EMPERADOR
Eres sabio, Hoang-Ti, mi favorito.
Conoces
todas las propiedades
del triángulo rectángulo
y del ochenta y uno
cuadrado del cuadrado
de tres, número místico.
Te sabes de memoria
todo el herbario chino,
anuncias los eclipses
de la aguja magnética,
no ignoras los secretos
y has escrito un tratado sobre el pulso,
pero ignoras

seda y fruta, la piel de las mujeres,
no sabes del amor
y desconoces
el misterio escondido en unos ojos.

HOANG
La sangre es corruptible
y los ojos son sangre encristalada.
Las mujeres
llenan la noble casa del letrado
de menudos problemas,
y si el sabio pretende
estudiar ¡los planetas!,
ella le habla de espejos o de trajes.

EMPERADOR
Dícese que Lao-Tsé ochenta años
permaneció en el seno de su madre
y que nació con canas.
Los sabios nacéis ya viejos, como Lao-Té

HOANG
El ajedrez y la mujer
distraen al sabio.

EMPERADOR
Odias a las mujeres
porque no las conoces
son nuestra sombra azul por el camino
y el símbolo de la felicidad

HOANG
Te engañas mi señor,
El viejo símbolo de la felicidad
en los antiguos jeroglíficos
es una boca
toda llena de arroz

EMPERADOR
Mira, la tarde
vence con su ternura su argumento
¡Oh, qué ilusión de seno y de caricia

en la hierba mojada!
Hay el presentimiento de una boca
en la niebla del lago.
Aparejados pasan
los ciervos, los faisanes
hasta el cielo y la tierra
congestionan su línea de horizonte
en un beso de flores y luceros
Necesito el amor y ésta es mi orden

(Pausa)

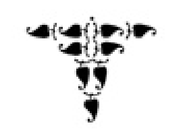
Deseo por esposa una muchacha
bella y desconocida de mi reino.
Mañana
saldrás de mi Palacio
por la puerta del Sur,
irá contigo
Chang, pintor de la Corte.
Yo te daré cien joyas
para pagar las barcas y los carros,
y cartas con mi firma
para que mis virreyes te den ayuda.
En dos años
recorrerás las tierras de la China
buscándome muchachas.
Chang pintará el retrato
de las que tú le ordenes.
Entre todos los cuadros que me traigas
yo elegiré mi esposa.

HOANG

Mi señor, tú lo ordenas,
yo obedezco.
Corro ahora a despedirme
de mi familia.
Cerraré el pabellón de los archivos,
arreglaré mis libros,
verteré en el jardín a los insectos
que tenía en estudio
y envolveré en la seda mis pinceles.
Mañana, cual lo ordenas,

saldré de tu Palacio
por la puerta del Sur.

ESCENA II



EMPERADOR

(Dirigiendose a la puerta)

Aquí, mis mandarines,
damas, bonzos, astrólogos, guerreros,
venid…

(Entran los cortesanos.)

Yo os convoco
para comunicaros lo que ordeno.
Sabed que mi Ministro
Hoang-Ti, con un pintor, parte mañana
a recorrer las tierras de mi Imperio
buscando una muchacha
que será Emperatriz.

TODOS
Gracias, señor.

CORTESANO I
Que el cielo ilumine a Hoang-ti

DAMA
Que te dé descendientes vencedores.

CORTESANO II
Que ella perfume el corazón como un almendro.

(Escuchando una campana.)

Señor, ¿no oyes…?
La gran campana de Pekín
suena en el viento.
Debe nevar en el camino; el aire
es un cristal de resonancia.
Buen augurio, señor.

EMPERADOR

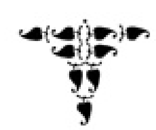
Qué levemente
llega el sonido cansado,
pequeño, como una almendra.

HOANG

Buen augurio, señor.
Feliz presagio.

TELÓN

CUADRO SEGUNDO



Cubierta de un junco chino. Tenue línea rosa de amanecer sobre el agua verde del río. La luz de los faroles en las cuerdas y en la vela atirantada. Estrellas frías. A la derecha del espectador sobre unas pajas duermen arrebujados el Ministro HOANG-TI y CHANG, el pintor. A la izquierda el CAPITÁN y el PIRATA I, medio desnudos y con grandes sables a la cintura.

CAPITÁN

Tended la vela en forma de abanico.
Que Wú y que Ling apaguen los faroles
rojos y azules; timonel, bordea
las islas rojas
y afilad los sables.

(Pausa)

¡Oh… qué luz de manzanas cuelga ya sobre el río!

PIRATA I

Ya hacen la maniobra nuestros hombres;
debemos
aprovechar el viento del Oeste,
el viento del dragón y de la estrella.

CAPITÁN

Si sigue así unas horas, llegaremos
a las provincias de Kuad-Si,
donde la luna huele a té caliente.
Allí los pescadores
dialogan con las altas golondrinas,

y en la ladera del volcán
hay un príncipe muerto que sonríe
sobre campas de arroz.

PIRATA I

Llegaremos al Sur y atracaremos
al pie del Monte Verde.
Cuando
recogen el té, cantan los hombres
y ríen las mujeres,
monos amaestrados
bajan a los abismos
y recogen los ramos más difíciles.

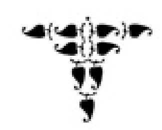
CAPITÁN

En el Sur hay praderas
y príncipes poetas
que vestidos de seda
riegan las rosas blancas.
En el Sur hay pagodas
con tejías de oro fino;
robaremos la fruta.
Por toda la ribera,
cautivaremos a las doncellas asustadas.

PIRATA I

Viene la primavera
y hace calor;
de noche
no he podido dormir,
me recosté en las cuerdas
al lado del timón; desde allí oía
luchar a la madera con la espuma.
Entre sueños
vi pasar lentamente
una ciudad dormida
con campanillas de oro,
temí que nuestro barco
rompiera su reflejo delicado.

ESCENA II



Por el fondo aparece el PIRATA II con un gran farol verde en la mano, aproxima la luz a los rostros dormidos de los viajeros, y dice:

PIRATA II
Aún duermen los viajeros.

PIRATA I
Deben estar cansados;
cuando hace siete días
los recogimos al pie de la cascada,
cerca del Monasterio de los Bonzos,
tenían en los pies llagas muy rojas
y el polvo
les quebraba la piel.

CAPITÁN
Son gentes muy extrañas.
Me dijeron
que llevaban más de un año recorriendo
las provincias del Sur;
coleccionan
plantas medicinales
y piedras de salud.

PIRATA II
Te han engañado.
Yo he mirado en su herbario
y en vez de plantas secas
vi retratos

de mujeres hermosas

CAPITÁN
Qué dices, ¿eso has visto?

PIRATA II
Eso y cosas más raras.
El de la vestidura
bordada en oro
lleva en un saco rojo
diamantes y rubíes.

CAPITÁN
Parecen magistrados
o príncipes feudales.

PIRATA II
Escucha, capitán, son poderosos;
esas joyas que guardan
valen más
que todas las cosechas que en diez años
pudiéramos robar por estos ríos.

(Pausa)

Somos piratas, no barqueros.

CAPITÁN
¿Qué me quieres decir?
¿No lo adivinas? Mira…

(Saca un largo cuchillo.)

Mi cuchillo es profundo y llega al corazón.

(Baja la voz.)

En el silencio de la madrugada
muertos hinchados en sus trajes de oro
flotarán sin sonrisa
bajo la luna nueva.
Nuestro crimen
lo verán solamente
los ojos impasibles de los peces.

PIRATA I

Tienes razón; somos piratas, vamos.

(Ambos se dirigen hacia el grupo de los viajeros dormidos enarbolando los plateados cuchillos.)

CAPITÁN

Quietos:
aún soy el Capitán.
Son mis viajeros,
huéspedes de mi casa,
bajo mi amparo duermen;

(Imperativo.)

enfundad los cuchillos.

PIRATA II

Tienen oro.

CAPITÁN

Obedece
si es que no quieres ver la madrugada
colgado entre las velas.

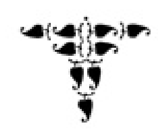
PIRATA II

Si nadie lo sabrá…

CAPITÁN

Lo sabrá
mi memoria y mi espíritu.
Marchemos; que van a despertar.

ESCENA III



Hacen mutis los Piratas. El Ministro se rebulle y despierta con la luz del sol. Toca en el hombro al pintor, y le dice:

HOANG

Despierta, Chang, mi amigo,
el sol te da en la cara,
aún cuelgan frescas telas
nocturnas de los montes.

(Mirando con avidez hacia la ribera iluminada.)

¿Es sueño o es paisaje lo que veo?
Ciudades con pagodas,
jardines, villas, rosas y cerezos,
puentes de laca, estanques
donde el arroz madura.

HOANG

Durante el sueño
hemos corrido leguas sobre el agua,
ayer sólo veíamos
cardos y greda roja,
campesinos arando con sus búfalos
las tierras amarillas.

CHANG

Nos acercamos
a las provincias de Kuad-Si.
Allí la tierra es noble
y hermosas las mujeres.

HOANG
Muy pronto hará dos años
que dejamos Pekín;
hemos viajado
a caballo y en carro
sobre agua y sobre ruedas;
cien días empleamos
en cruzar el desierto.

CHANG
Cincuenta días hemos caminado
por encima de la muralla.

(Pausa)

Al pie de la muralla
está todo lo triste;
las escorias del hierro,
los harapos, los cardos
y la calavera de los perros.

HOANG
Pero arriba está el agua prensada en nubes rosas
los gallardetes, las cometas,
los pitos y los pájaros; las tejas barnizadas,
las túnicas de seda.

CHANG
Hemos atravesado selvas hondas,
juncos, lagunas, nieves y volcanes.
Por cenizas y garras, mandíbulas de tigre
y copas venenosas; Monasterios de luces,
lunas por el desierto de gacela,
los torrentes, los verdes arrozales;
el leproso dormido entre las setas,
el té de las colinas, las tapias de los Parques.
y el barco azul de los piratas.

HOANG
Mucho hemos caminado; lenguas de sol y viento,
en busca de doncellas
de piel de luna.

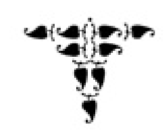
CHANG

En nuestros pies tenemos
llagas azules.

HOANG

los caminos del polvo
se mueren dulcemente entre las ruedas.
El viaje por el alma es más cansado,
el mapa del espíritu tiene montañas negras.
La mujer de tus cuadros
llenó de inquietas aguas mi corazón macizo,
que antes fue mineral
y ahora es esponja.

ESCENA IV



EL CAPITÁN de los Piratas se acerca respetuoso a HOANG-TI, y le dice:

CAPITÁN
Señor, vamos
a atracar en la orilla de los juncos,
luego
atacaremos a la isla.
Te lo digo
por si quieres pisar la tierra firme.
Yo no quiero exponerte
al riesgo de un combate.

HOANG
Sí, desembarcaremos.
Aquí la tierra es blanda y dulce el aire.

CAPITÁN
Arriad la vela. Ya.
Tended la escala.

CHANG
Descendamos a tierra.
¿Qué muchacha
nos guardará el destino?
Acaso esté bordando
al pie de una morera
nuestra futura Emperatriz.

HOANG

Mi amigo.
Tiemblo ante este paisaje.
Huele el campo
a cuerpo de mujer, y es como un labio
la roja luz del sol.
Tiemblo mi amigo
cuajado de ternura.

(De una bolsa saca un rubí que entrega al capitán de los Piratas.)

Ten como premio
a tu lealtad.

CAPITÁN
Señor, me dais
un hermoso rubí,
es rojo como la llama.

HOANG
Es rojo como la llama;
es rojo
también como la sangre.
Quiero darte en cristal mi propia sangre,
la que esta madrugada
no has querido verter sobre tu barco.

CAPITÁN

(Extrañado.)

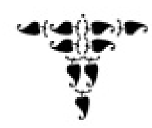
Cómo, señor, ¿oísteis lo que hablaba?

HOANG
El sabio no se asusta
porque alarguen tu sueño
con la muerte.
Lo que oyó, lo ha olvidado.

(Se retira el capitán, confuso, y amanece completamente. Sol vivo.)

TELÓN

CUADRO TERCERO



Choza de bambú de un viejo domador de peces. Al fondo ventana sobre un jardín de albaricoques y cerezos en flor. Cono nevado de volcán. En escena AFU, domador de peces, con una túnica amarilla. Tiene delante de él una gran pecera redonda donde nadan los peces dorados. A su derecha el PIRATA DE MAR con túnica bordada y sable incrustado. A su izquierda el PIRATA DE RÍO con traje sin adornos y sable de madera. Atardece.

AFU

Mirad mis peces de oro.
Tienen el ojo frío, sin párpado ni lágrimas,
como el destino; corren, vuelan dentro del agua.
Una vara delgada
de diente y plata da a su frente huida
ideas de dibujo
estrellas, claros círculos,
geometría de escamas.
Yo los amaestré en la primavera
sobre una sombra azul que olía a alma.
Miradlos; cuando sueltan las cometas
los niños, y florecen las murallas,
los envuelvo en la seda y, por los pueblos,
voy recorriendo el polvo con mi lágrima
de cristal; los barberos
pasan con sus campanas.
Los cómicos, los príncipes,
los bonzos, los leprosos,
miran mis peces
que imitan la sonrisa o las espadas.

Soy pobre; sus escamas son mil monedas de oro
y no quiero arrancarlas.
Mirad mi choza; el viento penetra en nuestra alcoba
y bebe el té el granizo no invitado
en torno de mi mesa.
Si Cui-Ping-Sing, mi hija,
se marcha en vuestros barcos
yo pierdo el terciopelo y la garganta.
A cambio de su cuerpo,
¿qué tesoros
me dais, piratas de agua dulce y agua amarga?

PIRATA DE MAR

Mi fuerza y mis tesoros
ofrezco yo a tu hija;
soy el pirata de agua amarga.
Una noche de eclipse de luna
llegué hasta las costas de la India,
él sueño de los tigres flotaba sobre el agua;
conozco a las sirenas
y al tiburón de las aletas blancas,
pero amo a Cui-Ping-Sing porque es de tierra adentro,
porque tiene a sus pies de almendra dulce
una sombra maciza y azulada.
Los seres de alta mar no tienen sombra.
Ni alma.
Tengo en las costas de Corea
un castillo de bronce
con persianas de plata,
un jardín con un pozo de agua tibia
y una alcoba de seda
con tres copas de nieve y dos manzanas.
Delante del espejo;
en mi ancho camarote guardo un mapa
donde pintó el artista marinero
todas las rocas diminutas
y todas las ballenas numeradas.
Conozco
las ostras donde hay perlas
y oro y plata.
Idolos de marfil, pieles y joyas

regalaré a tu hija
si me la das en matrimonio: habla.

AFU
Medito tus palabras.
Habla tú ahora,
Pirata de los ríos.

PIRATA DE RÍO
Soy el pirata de agua dulce.
Tengo
un velero cargado de mandarinas de oro,
de redes y de sueño.
El timón de mi barco
es de madera de cerezo.
Cuando la primavera penetra en sus astillas
donde duermen plegadas las túnicas del beso,
sueña el timón que es árbol y canta sobre el río
«Ay, golondrina tibia,
tengo frío de escamas en el cuerpo.»
Navego entre frutales
y en el agua caliente
hay ciruelas podridas, cuyo almíbar
endulza las agallas de los peces.
Cuando paso de noche, dormida la madera
entre jardines en silencio
robo las mariposas, las avispas
con el farol que brilla entre las cuerdas.
No soy rico
como el duro pirata de las olas,
pero ofrezco a tu hija
un collar de ciudades, enfiladas
por el agua del río.

AFU
Os escuché a los dos
y he aquí mi respuesta.
Me ofrecéis perlas y oro,
si aceptara
tendría una vejez de seda y música
y el día de mi muerte
el funeral de un mandarín del Norte.

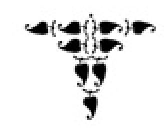
Pero os niego
a Cui-Ping-Sing, mi hija, por esposa
porque vuestra moneda huele a sangre,
porque ignoráis las máximas
blancas de Lao-Tsé.

PIRATA DE MAR
Tú ordenas, yo obedezco.
Con la lluvia
dentro del corazón, vuelvo a mi barco
que baila entre la espuma.

PIRATA DE RÍO
Yo también te abandono.
Para olvidar a tu hija
remontaré mis ríos hacia el Norte.
Allí bajo una estrella
de oro en el cielo negro
se inmoviliza el agua con el hielo
que se muere la brújula en la mano.

(Hacen una reverencia y se van los dos Piratas.)

ESCENA II

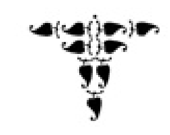


AFU

Idos, idos, piratas de la sangre
cuyas casas se mueven noche y día,
cuyos jardines cambian con el aire,
que yo guardo mi hija para el sabio
que sabrá amarla con delicadeza.

(Entra Cui-Ping-Sing. Es fina, delicada, frágil como una porcelana. Lleva en una bandeja una taza de té humeante.)

ESCENA III



CUI
Padre mío,
os traigo el té caliente.
Oí que hablabais
con unos hombres.

AFU

(Tomando una taza de té y bebiendo.)

Eran comerciantes.
Deseaban
comprarme perlas negras,
pero ofrecieron poco.

(Transición.)

Qué pronto has dejado el jardín…

CUI
Cuando atardece
se entristecen los árboles
y la niebla del río
se enrosca en los naranjos.

AFU
¿Regaste los cerezos?

CUI
Sí, y recorté las hojas de morera.

(AFU le entrega la taza vacía, y ella, recogiéndola, le pregunta.)

¿Quieres más té?

AFU

No; escucha.
Tardan mucho esta tarde
Hoang-Ti y su pintor.

CUI

Yo les espero.
Desde hace siete días
llegan con el crepúsculo
y mientras Chang me fija en una tela,
Hoang-Ti me habla de pájaros y de plantas

(Apasionada.)

Tiene una voz tan dulce…
Sabe viejas leyendas
de dragones y anillos.

AFU

Me han dicho que es Ministro y favorito
de nuestro Emperador. Tiene en la Corte
palacios y jardines, góndolas y caballos,
y paga con diamantes a sus músicos ciegos.

(Pausa)

Cuando te mira
es su mirada pura y encendida.

(Pausa)

¡Si te hiciera su esposa!…
Irías en litera por las calles
de Pekín; los faroles de las tiendas
dorando las agujas de tu pelo.
Seríamos muy ricos.

CUI

Tú sueñas, padre mío.
¿Cómo tan gran señor me hará su esposa?

AFU

Amor es poderoso y sobre abismos
tiende puentes de rosas y cristales.
Cui-Ping-Sing, hija mía,
a nuestra choza de bambú y de barro
felicidad llegó;
no la dejes pasar que es como un cisne
que roza por la noche una ventana
y se pierde después.
El te ama, Cui-Ping-Sing.

CUI

¿Quién te lo ha dicho?

AFU

Lo he visto en su semblante,
y en la voz que le tiembla
al pronunciar tu nombre.

(Pausa)

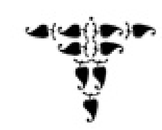
Va a venir… te abandono,
voy a ponerme la túnica bordada de las fiestas.

(se va, desde la puerta se vuelve, y dice)

No lo olvides:
por tu puerta de cañas
hoy pasa el bienestar; nuestra fortuna.

(Hace mutis.)

ESCENA IV



CUI-PING-SING se va lentamente hacia la ventana; queda somnolienta mirando el atardecer sobre los frutales.

CUI

Va a venir: ¿es amor lo que me inspira
su mirada tan clara?
Tiene las manos finas, desmayadas
para escribir con tintas vegetales
máximas de moral o versos tenues.
Es puro y noble,
me hace soñar, soñar…
y habla a mi espíritu,
más no sabe abrazar.
El pescador del Sur
tiene fuerza y sudor, y risa y sangre;
cuando me abraza entre sus redes rotas
me duele la cintura.
Va a venir, ¿le amo acaso?
Me hará su esposa.

(Transición.)

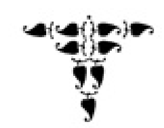
Seré rica, tendré alcoba de espejos,
grandes joyas me escarcharán el pecho,
seré la esposa de un mandarín del Norte.

(Pausa larga.)

Tengo sueño…
Se me cierran los ojos.

Del jardín viene
el olor de la fruta… luz mojada
el sol entre las rosas, y mis párpados

ESCENA V



Entran lentamente HOANG-TI y el pintor CHANG. Al contemplar a Cui-Ping-Sing dormida, el Ministro, llevándose el dedo a la boca, impone silencio, y dice en voz baja:

HOANG

Silencio… está dormida.
Pisa tan levemente
como la luz de las linternas
sobre las nieves de los parques.
No hagas crujir el suelo, que despierta.

(Se aproximan a Cui-Ping-Sing. HOANG-TI prosigue.)

Contempla su hermosura,
se entristece o sonríe
al compás de sus sueños.
¿Qué pájaros, qué frutas de otros astros
corren bajo su frente?
Sus dedos de dormida
cogen plumas extrañas en el aire.

(Pausa)

Su frente es de la luna,
y su boca del sol.

CHANG

Tendrás que despertarla
para acabar el cuadro.

HOANG

Lo acabarás mañana.
Sólo quien ha tejido su recuerdo
al borde de la lágrima,
sólo quien la ama, tiene el privilegio
de quebrar sus estanques interiores
tocándola en el hombro.

CHANG

¿La amas, señor?

HOANG

La amo,
porque es perfecta y clara
como la astronomía.
Mi juventud de libros empolvados
resucita en su boca.

(Pausa)

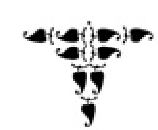
Ya sé para qué sirve
la sangre de los hombres.
Para vestir como una red de plata
al alma en primavera.
Ay… Chang, mi viejo amigo.
Nunca me ha dado la sabiduría
felicidad tan clara.
Déjame aquí con ella.
Quiero hablarla.
Espérame
en el palacio del virrey.

CHANG

Te dejo,
más siento no copiar su boca triste
que sonríe a los genios de la noche.
En Palacio te aguardo.

(Hace mutis.)

ESCENA VI



HOANG-TI se aproxima a su amada; coge sus manos entre las suyas y la va despertando dulcemente.

HOANG

En tu pelo
traes polen de las flores del sueño.
Aún tienes en los labios
la humedad falsa de las fuentes
que brotan de la almohada,
el fresco trébol
de las praderas que cruzaste.
¿De qué montañas vuelves,
dulce dormida?
¿Qué alturas escalaste,
que no llegas cansada?
¿Por qué borde en silencio de lagunas
paseaste tus chinelas
que no traen barro con olor a juncos?

CUI

¿Mi señor; estabas a mi lado,
contemplabas mi sueño?

HOANG

Sí, yo vine a turbar tu excursión de oro
entre fantasmas de árboles
por islas de cenizas.
Qué triste es despertar…

¿verdad, mi amada?

CUI
No es triste, porque están tus ojos claros
devolviéndome todos los paisajes.
Tu dulce amor prolonga
el jardín subterráneo de mis sueños.

(Pausa)

Soñé, señor, con una cosa triste.
Un pájaro con sangre
y en mi ventana bolas de granizo,
símbolos de esperanza no cumplida.

HOANG
Un símbolo se rompe con un símbolo
y yo soñé con pabellones blancos.

(Pausa)

Escucha, ¿no oyes ya?… pasos de luna.
La primavera viene
con ramas y racimos.
El mes del matrimonio
perfuma el agua.
Hay nata en las vasijas de oro limpio,
y en la ladera del volcán dormido
brota el fuego inocente de la fresa.
Cómo canta la esposa…
En la casa en penumbra de los padres
borda túnicas
y acaricia la seda
soñando con el cuerpo del esposo
que llenará los pliegues.

CUI
Viene la primavera
y florece la sangre de la novia.
Mi corazón es una fruta, y tengo
sabor de ola y racimos en la boca.
Mi señor y mi amado.
¿Cómo tú, noble amigo
de nuestro Emperador, hasta mí llegas,

hija de un pobre domador de peces,
sin más dote que redes y naranjas?
Yo que soy ante ti
como un grano de arroz
al pie de la muralla.
No tengo antepasados,
sus cuerpos de humo nunca
visitan el tejado de mi choza.
¿Cómo me amas, señor?
Y ¿cómo me hablas de matrimonio?

HOANG

Amada.
Serás mi esposa,
bajo un viento de luna
una noche de otoño
vendrás en palanquín blanca entre antorchas.
Mis hermanos, con sonrisa de arroz,
y cisnes negros
bordados en la plata de las túnicas,
entre faroles de papel, cerezas
y agujas de oro te darán.

CUI

Mi esposo…

HOANG

Yo, en un coche muy negro
con un caballo blanco, ciego y loco,
vendré por el camino plateado por la luna.

CUI

¿Me amarás, mi señor?

HOANG

Sobre esta choza
haré el palacio azul de mis caricias.
Con nuestra sangre bordaremos hijos.
Nuestra alcoba dará al jardín;
los besos
caerán en la colmena o en las rosas.
Sabrá tu boca a fresa; mariposas y abejas

bailarán en la lámpara nupcial.

CUI
Te presentía.
Pensé que llegarías.
Y adiviné tus pasos;
yo descubrí en el trébol, siendo niña,
huellas sin ruido al pie de la muralla.
Sabía que del Norte,
del cuervo y del granizo,
con una copa azul llena de pájaros,
vendrías, mi señor, vestido de oro.

HOANG
Mírame dulcemente.

CUI
Cógeme con la mano la cintura.

HOANG
Mi amor…

CUI
Mi amor…

(Sale la luna entre los almendros.)

HOANG
Escucha…
¿En qué otro mundo de cerezas raras
oí tu voz? ¿En qué planeta lento
de bronces y de nieve, vi tus ojos
hace un millón de siglos? ¿Dónde estabas?
Fuiste agua hace mil años.
Yo era raíz de rosa, y me regabas…
Fuiste campana de Pagoda, yo era
nervio del ojo que miró a tu bronce.
Nos hemos perseguido
alma con alma, atravesando cuerpos
peregrinos de venas y latidos,
por pieles de animales, por estambres,
escamas, esqueletos y cortezas;

por mil cuerpos y sangres diferentes,
alma con alma, cincelando torres
de espíritu con lágrimas y sonrisa.

CUI

Tu voz incendia el agua.
Sí, ¡recuerdo, tus ojos
una noche en el caos me miraron
cuando aún era la luna
húmeda y sonrosada!
Aún no habían nacido
los pájaros del aire,
pero sobre las ramas,
sombra azul, se movía
ya su presentimiento.
Entonces tu sonrisa
era una luz tapada.

HOANG

Tú fuiste, Cui-Ping-Sing, todo lo claro,
el cisne o la ceniza.
Yo fui todo lo oscuro,
la raíz, la tortuga.
Tus pechos
son dos nidos calientes,
tejidos en la rama de un almendro.

CUI

Un calor de palmeras en mis sienes
cuando me miras y mi boca tiene
el clima del desierto.
Mira, la luna huele a piel bañada,
ya está desnudo el pecho de las flores.
Cien golondrinas guardarán mi lecho
cuando en el borde de la seda pongas
tu muslo o tu cintura.

(Pausa)

Quisiera que la punta de mis dedos
tuviera la piel fina de los ciegos
para afilar en nervios mis caricias.
Quisiera que mis ojos

cautivos entre párpados, tuvieran
el libre vuelo de una abeja loca
para tocar, mirando, tu hermosura.
Permanecen abrazados y cae lentamente el

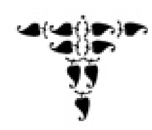
TELÓN

Acto Segundo





CUADRO PRIMERO



Campamento en la ladera de un monte. Es de noche. Luna roja y negros arbustos retorcidos. En el centro de la escena una hoguera. Cerca de las llamas un envoltorio azul, HOANG-TI y CHANG están sentados en el suelo.

CHANG

Nos acercamos a Pekín.
Termina nuestro viaje.
Mañana,
descubriremos con la luna nueva
las Pagodas de nácar,
las tejas de Palacio,
y en torno a la muralla
los dromedarios rojos
que llevan, entre arena, copas de oro.

HOANG

Nosotros
rodeados de los tigres,
entre búfalos
y naranjos silvestres,
guardaremos esa seda

(Señala el envoltorio.)

que oculta
treinta retratos de muchachas puras.

CHANG

Las más bellas muchachas del Imperio.

Aquí van Lai, con su sonrisa triste,
y Kiang, cuya mirada es luz de almendro,
y Nian-Fú, cuyo pecho es de manzana,
y también Cui-Ping-Sing, tu inolvidable.

HOANG
Cui-Ping-Sing, Cui-Ping-Sing, mi dulce amada…
Chang, mi amigo;
¿qué espíritus nocturnos te ayudaron a copiar sus facciones?
Exacta la fijaste en esa tela.
Como en espejo limpio se refleja.
Los matices finísimos
de una rosa esfumada entre la lluvia
pusiste en su boca.
¿Qué genios te inspiraron?
La luz de su mirada
se enredó en tus pinceles.

(Pausa)

Cuántas noches
cuando al pie de la hoguera reposabas
miraba su retrato
y me temblaba el corazón al verlo…

CHANG
¿Aún la amas, mi señor?

HOANG
Ya, siempre.
Cuando pasen los años
y cuatro bueyes blancos
me lleven a enterrar, su dulce imagen
aún flotará sobre mi frente rota.
Se ha instalado en mi sueño su recuerdo;
la siento en el perfume de los árboles;
ella viene detrás de mis pisadas;
con sus manos va borrando mis huellas en la nieve.

(Pausa y con nostalgia.)

¿Volverás en otoño, me decías?
Yo te espero entre viñas;
todas las tardes miraré hacia el Norte,

y si nunca retornas
me vestiré la seda de los viejos
y esperaré tranquila la pelea
con el pájaro ciego de la muerte.

(Gran pausa.)

Ya nunca será mía.
Cuando el Emperador
contemple su retrato,
sentirá, como yo, que por sus venas
corre una nube blanca.
La escogerá entre todas,
y será Emperatriz.

CHANG
Desecha esos temores;
entre tantas doncellas
no es Cui-Ping-Sing la única adorable.
Yo, limpio de pasión, puedo decirte,
que algunas le aventajan en belleza.
¿Por qué el Emperador
entre tantos retratos
había de escoger el de tu amada?

HOANG
Las otras son mujeres,
pero ella es el amor.
Las otras pasan,
miran y besan; son lagos azules
en cuya orilla se refleja el alma.
Pero ella es lago
que no refleja, ahoga.
Su carne es inmortal, viene de lejos,
y ha vivido hace siglos con la nuestra.
Su pecho merecía
plumas, o escamas para protegerlo
contra la brisa de la madrugada.
Tiene en ¡sus dedos blancos!
la llave de las fuentes y los sueños;
con su aliento,
abrillanta el espejo de la luna.

(Pausa)

Déjame verla por la vez postrera
a la luz de las llamas.

CHANG
La amas, señor, tus ojos
brujos por el amor, no miran, sueñan.
Los genios no encantaron mis pinceles
sino tu corazón. Aquí la tienes.

(Mientras recita estos últimos versos ha sacado del envoltorio el retrato de CUI-PIN-SING.)

HOANG

(Contemplando el retrato.)

Mujer amada.
¿Quién, al contemplarte
te olvidará?…
Cómo, tras la ventana de tu choza,
me sonríe tu cara
pintada sobre seda…
Muy pronto
una diadema de oro
oprimirá esa frente
que yo llené de sueños.
Serás mi Emperatriz y mi señora.
Me arrancarán de ti; las altas manos
de quien gobierna pueblos y ciudades
te rasgarán el traje.

(Pausa y con energía.)

Pero no… no…
No puedo
perder el paraíso de tu cuerpo.
Él ya tiene un Imperio.
Tu risa, tus caricias
serán el reino mío.
Escucha; Chang, te considero amigo:
¿Estás dispuesto a complacerme?

CHANG
Habla. Mis manos, mis palabras
son tus esclavas.
Eres mi amigo y mi señor.
Ordena.

HOANG
Escúchame; no quiero
que nuestro Emperador vea este cuadro.
Cuento con tu silencio.
Lo tiraré a las llamas;
nadie sabrá que Cui-Ping-Sing existe,
y dentro de unos meses
con las luces de otoño
volveré al Sur, a la cabaña pobre
del domador de peces,
y haré de Cui-Ping-Sing, mi dulce esposa.
Seré feliz… feliz…

CHANG
Estoy dispuesto
a guardar el secreto; más olvidas
que nuestro Emperador sabe que existe
Cui-Ping-Sing y que es bella
como el cielo.
Recuerda que Hang gobierna en su provincia
y sabiendo el objeto de tu viaje
le habló de Cui-Ping-Sing en una carta
para ganarse su favor
si acaso
era elegida Emperatriz.

HOANG

(Con desaliento.)

Cierto; el amor olvida los obstáculos
No es posible luchar.

CHANG
Si yo hubiera sabido
tu gran amor,

no la hubiera copiado tan perfecta.

HOANG
Cómo… ¿qué dices?
¿Qué ideas me sugieren tus palabras?
Chang, mi amigo.
¿Quieres ser rico y poderoso? Saca
tus tarros de pintura;
con unas pinceladas
destroza la hermosura de este rostro.

CHANG
Tengo miedo, señor.
Si alguien supiera…

HOANG
En tu pulso confío.
Ten mi bolsa.

(Le entrega una bolsa.)

Contiene cien diamantes de agua limpia.

CHANG
Gracias, señor.

HOANG

(Insinuante.)

Cuando a Pekín lleguemos,
te daré concubinas y caballos,
y una casa de campo entre arrozales.

CHANG
Te obedezco.
Aquí están las pinturas.

(CHANG saca unos tarros de pintura, coge el cuadro y se dispone a pintar bajo la luna.)

HOANG
Rasga
sin piedad esa boca delicada.
Así… alarga

sus dulces labios; más…
aún no es bastante…

CHANG
Qué dolor me produce
destrozar su belleza; mis pinceles
se tornan en cuchillos.

HOANG
Sigue… sigue… ¿qué importa
con tal que sea mía?…
Sigue…

CHANG
Basta, señor.

HOANG
Sigue… obedece.
Te compré y eres mío.
Todavía
puede inspirar amor.
Así… así…

CHANG
Basta.
Tenemos
que dejar un vestigio de belleza
para que no sospeche.

HOANG
Un poco más…

(Imperativo.)

te ordeno…

(Humildemente.)

te suplico.
Me horroriza
pensar que me la quiten.
Así… sigue.

CHANG

(Entregándole el cuadro.)

Ya es tuya.

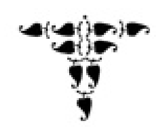
HOANG

(Transportado de alegría.)

Ya es mía… mía…
Qué aire, qué luz
me corren por el alma…
Ya es mía… y para siempre.
Mi alma tiene dos cuerpos,
mi sangre dos latidos.
Soy feliz, Chang, soy tan feliz
que siento que el corazón se me hace transparente.

TELÓN

CUADRO SEGUNDO



Lujoso salón de juego en el Palacio Imperial de Pekín. Sedas, espejos, candelabros encendidos, alfombras. A la izquierda del espectador el EMPERADOR y el Canciller LIANG juegan al ajedrez con piezas de marfil sobre una baja mesita de laca. En otros grupos, cortesanos, damas, guerreros, etc.

EMPERADOR

(Moviendo un alfil.)

Canciller Liang,
ya tu torre peligra.

LIANG
Como todas las noches
triunfas de mi ignorancia.

(Pausa)

Sin embargo,
intentaré este movimiento.

(Mueve una pieza.)

EMPERADOR
En efecto, era el único
que podía salvarte.

(Continúa jugando.)

CORTESANO I

(En otro grupo.)

Mirad en qué han parado las veladas
del Palacio Imperial,
desde que el sabio Hoang-Ti
abandonó Pekín.

GUERRERO

Muy pronto hará dos años
que salió
por la puerta del Sur
para buscar doncellas.

DAMA

Viaje inútil.
¿Es que en la capital no había damas
de hermosura y linaje
donde escoger?

GUERRERO

Tenéis razón.

CORTESANO I

Ya temo que no vuelva.
Dos años por provincias equivalen
a treinta años en el recinto
de la ciudad.

GUERRERO

Existen mil peligros;
piratas en los ríos,
tigres en la montaña.

DAMA

(Bajando la voz.)

También dicen
que Liang, el Canciller
que ahora usurpa su cargo de Ministro,
temiendo que Hoang-Ti regrese un día,
desparramó por todas las provincias
sus bandas de asesinos
con orden de matarlo.

CORTESANO I
Es muy posible
El corazón del Canciller es duro
y su risa feroz.
Sé que ha jurado
vengarse de Hoang-Ti, porque hace años
le negó su sobrina por esposa.

DAMA
Sólo piensa en el vino y las mujeres.
Jugando al ajedrez
se ha olvidado del pueblo.

GUERRERO
Ha llenado Palacio
de hermosas concubinas y bufones,
de cómicos y eunucos.

CORTESANO I
Antes en estas salas
hablábamos de viejas dinastías,
de la guerra,
de los catorce anillos,
de Religión y de Moral.

GUERRERO
Entonces,
los nobles arquitectos
exponían sus planos
de murallas y torres.
Los guerreros
proyectaban campañas contra los enemigos del Imperio;
sonaban dulces músicas y Hoang-Ti
hablaba de la muerte
y los viejos filósofos.

(En otro grupo.)

CORTESANO II
¿Habéis oído?
Se dice que los tártaros se acercan
hacia la gran muralla

con escalas de cuerda.

DAMA II
Espantosa sería
una invasión.

CORTESANO II

(Con sorna.)

No; respirad tranquilos.
Ved, nuestro Emperador y su Ministro
han pasado la noche
discutiendo los planes militares.

ASTRÓLOGO
No es posible
soportar por más tiempo
la tiranía
de Liang, el Canciller.

CORTESANO II
Si supierais
cómo murmura el pueblo, exasperado,
por el impuesto sobre la sal.

CORTESANO III
Se afirma
que piensa en otros nuevos
sobre el opio y el té.

DAMA II
Y vos, astrólogo:
¿no podrías decirnos por los astros
cuánto habrá de durar su tiranía?

ASTRÓLOGO
Las estrellas
le prometen a Liang más de diez años
de poderío, y luego
una muerte sangrienta,
acaso degollado por verdugo.

SABIO

(En otro grupo.)

Como os decía, son dos sectas;
una adora el vacío;
la otra
buscando el elixir de larga vida
quiere, en la alquimia
hallar la eterna juventud.

DAMA VIEJA

(Suspirando.)

Si lo lograra…

(Otra vez hablan el EMPERADOR y el Canciller mientras juegan.)

EMPERADOR
Muevo yo.

LIANG
Fue hábil tu salto de caballo.
Tuya es la reina.

EMPERADOR
Y ahora
te envuelvo… ya eres mío.
Tu rey peligra.

LIANG
Espera…

EMPERADOR

(Mueve una ficha.)

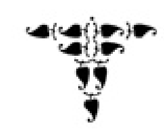
Cayó tu rey.

LIANG

(Adulador.)

Venciste.

ESCENA II



(Entra un criado que dice:)

CRIADO
Señor, el sabio HOANG-TI
con CHANG, llenos de polvo,
acaban de llegar a tu Palacio
y te piden audiencia.

(En todas las caras se pinta el asombro.)

EMPERADOR
Diles que entren,

(Aparte.)

Hoang-Ti, mi viejo amigo…
Casi le había ya
olvidado.

LIANG

(Con ira.)

Viene
a arrebatarme el cargo de Ministro,
como antes
me arrebató la esposa.

(Con abatimiento.)

Me ha vencido… fui torpe.

DAMA

(En un grupo.)

Hoang-Ti llega.

CORTESANO I
Con él el buen gobierno.

CORTESANO II
Astrólogo, mintieron las estrellas.
Hoy termina el poder del Canciller.

ASTRÓLOGO
Los astros.
no son como los hombres, nunca engañan.

CORTESANO III

(En otro grupo.)

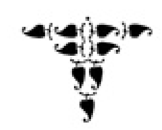
Vuelve Hoang-Ti.

GUERRERO
Palacio
se llenará de sabios y guerreros.

DAMA JOVEN
Estoy curiosa
por contemplar sus cuadros.
¿Quién será Emperatriz?

CORTESANO III
Mirad, la cara pálida
de Liang, respira odio.

ESCENA III



Entra en escena HOANG-TI y el pintor CHANG, portador de un envoltorio con los retratos. Se arrodillan delante del EMPERADOR.

HOANG
Mi señor y mi Príncipe.

(Haciendo ademán de levantarlos y afable:)

Levantaos.
Hoang-Ti, ven a mis brazos,
noble amigo.
Muchos atardeceres nos esperan
en nuestra biblioteca;
me hablarás de tus viajes y aventuras.

HOANG
Cumplí con la misión que me encargaste.
Aquí tienes treinta retratos
de mujeres hermosas.

EMPERADOR
Las iré contemplando lentamente;
pero ahora,
quisiera ver alguna.

(CHANG le va entregando los retratos que el EMPERADOR contempla.)

EMPERADOR
Ésta es hermosa,

más no hay inteligencia en su mirada.

HOANG
En efecto, sus ojos
siempre miran hacia fuera.

CHANG
Habita en la provincia de Pe-Chi-Li.
Su padre
era un cómico ciego.

(Le da otro retrato.)

EMPERADOR
Fina; maravillosa;
tiene el rostro tan dulce,
y es triste su sonrisa.

HOANG
Cierto, señor, es como el mar,
dulce a los ojos,
y a la boca amarga.

CHANG
Vivía,
en la provincia de Fu-Kiang.
Es hija
de un astrólogo pobre.

(CHANG le entrega un tercer retrato.)

EMPERADOR
Sospecho que es perfecta, pero fría,
incapaz de soñar.

HOANG
Acertaste, señor;
nunca al cerrar los ojos vio la luna.

CHANG
La encontramos
en la provincia de Yu-Nan; su padre
era guardián de la muralla.

(CHANG le entrega otro retrato.)

Y ésta…
qué extraño su retrato…

HOANG

(Aparte a chang.)

Es ella… Cui-Ping-Sing…
Ella… mi sueño…
Como un pájaro loco la impaciencia
me araña el corazón.

EMPERADOR
Tiene ojos de ternura
y me inspira más amor que ninguna.

HOANG

(Colérico a chang.)

Necio.
No afeaste bastante su hermosura;
no rasgaste su boca.
Yo te haré asesinar por mis criados.

CHANG
Señor.
Nos contempla la Corte.
Que la sonrisa apague tu tormenta.

EMPERADOR
Su mirada me envuelve
en seda el corazón.
Besos calientes
me vuelan por el cielo de la boca…

HOANG
Me la arrebata, Chang… Si me la quita
mi sollozo
quiero lanzar al aire.
Mi corazón se para.

CHANG

Calma, señor, no olvides
que eres sabio.

EMPERADOR

(Dirigiéndose a HOANG-TI.)

Hoang-Ti, noble ministro,
¿nada me dices de ésta…?
¿Es su alma tan hermosa
como sus ojos claros?…

HOANG

(Trabajosamente, anhelante.)

Señor, es… es… muy bella.
Promete felicidad y amor,
pero da miedo amarla.
La hemos mirado ya en otra existencia.
Ella justifica la vida.
Se llama Cui-Ping-Sing…
es muy hermosa…

CHANG

(Indiferente.)

Es del Sur… de Kuad-Si.
Su padre era un modesto encantador de peces.

EMPERADOR

(Dudando.)

Lástima que su boca
rompa tanta armonía.

(Mira el retrato con dolor.)

¡Ay… sus labios rasgados!
la alejan para siempre
del trono y de mi amor.

HOANG

(Lleno de alegría.)

Gracias, Fo-I, espíritu del aire,

y genios de la noche.
Gracias, sombras severas
de mis antepasados.
Ya es mía… y para siempre.
Mi alma tiene dos sangres,
mis venas, dos latidos.

(CHANG entrega otro retrato al EMPERADOR.)

EMPERADOR

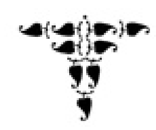
Esta tiene
una sombra de espanto sobre el rostro.

CHANG

Nació
al pie del Monte Verde.
Su padre era verdugo
de la Casa de Ming.

TELÓN

CUADRO TERCERO



Jardín en el Palacio de HOANG-TI. Enredaderas y columnas. Fondo azul de montañas. En escena CUI-PIN-SING con lujoso traje. Está sentada. Por la curva frágil del puente entra HOANG-TI, sonriendo, con un gran manojo de rosas.

CUI

¿Traes las rosas mojadas?

(Huele la brazada de rosas.)

Huelen
a fuente y noche.

HOANG

Están pálidas.
Las corté cerca de las colmenas.
Las abejas las roban el rocío.

CUI

Las pondremos
en los rincones de la casa,
y serán la sonrisa de los muebles.
Mira ésta.

(Enseñándole una rosa.)

HOANG

Parece un laberinto de perfumes.

(Pausa)

Son las rosas
de nuestro aniversario.
Hoy se cumplen tres años
de nuestro encuentro.
¿Lo recuerdas?

CUI

Lo recuerdo, mi esposo.
Era
como hoy, un día azul.
Aún vivía mi padre,
y saltaban sus peces en el agua.
Tú venías
por la orilla del río.
Me pareciste
dorado entre los juncos;
un genio que bajaba de las
huertas del sol.

HOANG

Chang venía a mi lado.
Cantaba
una canción del Norte.
Todavía recuerdo su estribillo.

(Tararea una melodía.)

Tú bordabas
al pie de una morera.
¿Me permites, te dije,
bella muchacha,
que copie tu hermosura en una tela?

CUI

Yo no supe
qué contestarte.
Miraba una naranja,
ya seca entre las hojas,
y te miré a los ojos.
En mi pecho
volaba el corazón,
hecho humo fino.

HOANG

Yo sentía en la boca
la sangre de mis dedos.
Cuando volví a Pekín,
me asaltó tu recuerdo en el camino
como un tigre en el monte,
como un pirata
en el borde del agua.
No te pude olvidar,
y vendí mis palacios,
dejé al Emperador,
y abandoné la Corte
para volver al Sur y hacerte mía.

CUI

Derribaste la choza de mis padres
y alzaste este Palacio.

HOANG

Sus salones
de porcelana vieron
el triunfo
de nuestro amor. ¿Has sido
feliz, esposa mía?

CUI

Nunca,
ni en los sueños
dulces de madrugada,
imaginé tal dicha.
Me has enseñado
el misterio de cielos y paisajes,
y me has dado
riquezas y alegría,
músicas y canciones.
Has llenado mi espíritu de sueños,
mi cuerpo, de caricias.

HOANG

Estos años
hemos visto pasar las estaciones,

otoños, primaveras,
las viñas y los trigos,
cogidos de la mano.
Todos los plenilunios
nupciales en la alcoba.
Luna untada de nieve en la ventana.
El rojo sol, la lluvia;
mis pinceles copiaban dinastías,
tu risa refrescaba mis crepúsculos.

CUI

Hemos sido dichosos.

HOANG

Demasiado felices.
Muchas veces me acuerdo
que pisamos la tierra,
que la muerte
merodea el jardín.
Tengo miedo
de que este dulce sueño se termine.

CUI

No entristezcas
la claridad dorada de este día
y contempla el ejemplo de estas rosas.
Morirán esta noche, y, sin embargo,
tienen una sonrisa en cada pétalo.

(Pausa)

Alégrate, mi esposo.
Esta tarde
iremos en la barca
a la ciudad.
Veremos a los cómicos,

(Pausa)

pero dime, ¿qué miras?
Estás pálido…

HOANG

(Mirando intranquilo al fondo de la escena.)

¿No ves,
junto a la empalizada, un hombre que se acerca?

CUI
Viene vestido de oro.
Parece
un principe o pirata poderoso.

CUI
Corre entre los naranjos; ya pisa los senderos de la fresa.

CUI
¿Quién puede ser?

(Cogiendo las manos de HOANG-TI.)

Tienes las manos frías…
¿Por qué tiemblas?

HOANG
Es Yin-Si, el astrólogo
de nuestro Emperador;
reconozco su cara.

(Pausa)

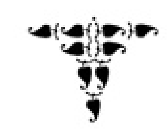
Algo muy grave
viene a contarme.
Cui-Ping-Sing, mi esposa,
déjame,
quiero hablarle a solas.

CUI
Te abandono;
voy a poner las rosas
en los jarrones.

(Retirándose, dice en un aparte:)

Tembló y se puso pálido…
¿Qué secreto terrible
guarda su corazón?

ESCENA II



Entra lentamente el ASTRÓLOGO YIN-SI. Hace una reverencia.

HOANG
Yin-Si, mi amigo,
me extraña saludarte en la provincia
del Sur, a tantas leguas de la Corte.
¿Qué te impulsó a este viaje?

ASTRÓLOGO
Hoang-Ti, noble Ministro.
Vengo a tu casa, como el viento duro
contra la débil rosa del otoño.

HOANG
Las palabras del sabio son serenas,
nacen de su sonrisa.

(Ambos se sientan.)

No tiembles al hablarme.

ASTRÓLOGO
Amigo.
Yo, que sé predecir las estrellas,
el destino y la muerte de los hombres,
nunca temblé como hoy.
Veo en tu casa
risas y enredaderas.
Sé que eres muy feliz,
y yo te traigo

el dolor en los brazos.

HOANG
Sé que el dolor existe y que es el huésped
en la casa del hombre;
no le cierro la puerta.
Habla sin miedo.

(CUI-PIN-SING detrás de una columna escucha ansiosa el diálogo.)

ASTRÓLOGO
Hace dos meses
murió en la Corte de Pekín
Chang, el pintor que hace años
te acompañó en el viaje
en busca de muchachas.

HOANG
¿Murió?

ASTRÓLOGO
Yo le asistí en su agonía.
Le habían acostado
sobre unas mantas grises,
en un desván caliente de Palacio,
entre paja y jarrones empolvados.
Sobre las tejas
hervía el sol de junio.
Una tarde de lluvia,
empezó a delirar.

HOANG
¿Y habló?…

ASTRÓLOGO
Decía:
Cui-Ping-Sing, Cui-Ping-Sing… la más hermosa…
Cómo engañamos a nuestro Emperador…
Él… él… quería…
Yo te rasgué la boca con pinceles,
y él allí… entre los búfalos,

y naranjas silvestres
una noche… quería…
Hoang-Ti. Te amaba.
Me dio oro… oro y perlas
por deformar el cuadro,
para
que nuestro Emperador no te escogiera.
Soy traidor… se reía.

HOANG

(Con emoción.)

¿Qué más dijo?

ASTRÓLOGO

Gritaba,
torciéndose en el lecho:
Viven allí en el Sur.
Allí Hoang-Ti y Cui-Ping-Sing, esposos,
donde los peces bailan
obedientes al Viejo.
Ella es hermosa… hermosa…
y pudo ser Emperatriz de China.

CUI

(En un aparte.)

Me engañó. Ya comprendo
su temblor y el secreto
del cuadro… Me ha engañado.
Y pude ser Emperatriz…

HOANG

¿Quién, además de ti,
escuchó su delirio?

ASTRÓLOGO

Lo oyeron los criados
y corrió por Palacio la noticia.
Lo supo Liang, el Canciller; su cara
de diablo blanco
se llenó de alegría.

Contó al Emperador tu crimen.

HOANG

(Con angustia.)

Sigue.

ASTRÓLOGO
Juró el Hijo del Cielo
castigar tu traición; se puso en viaje
por ríos y montañas.
Hoy llega a la ciudad.

(Se oyen lejanas músicas militares.)

¿No oyes las músicas?
¿No ves, pasado el río,
el polvo militar de los caballos?
Banderas con dragones
y los palos del trueno
con el vivo ramaje de la pólvora;
vienen
a robarte tu esposa.

HOANG

(Horrorizado.)

No… nunca… huiré con ella.

ASTRÓLOGO
Vienen
a herir todas las fibras de tu cuerpo
con hierros de martirio.

(Pausa)

Esta noche,
nuestro señor vendrá a cenar contigo.
Desea que al banquete
asista Cui-Ping-Sing, y cuando vea
su hermosura y su boca no rasgada;
cuando comprenda tu traición, te espera
el tronco de la muerte
con largas antesalas de suplicios.

HOANG

Y he de morir, morir; ir a la muerte…
No me asusta ese reino.
Yo sueño con sus playas donde mueren
olas sin ruido.
Las rosas de la muerte
tienen un frío de algas.
Allí gobierna un príncipe nocturno
con anillos de sangre
y madrugadas en el pelo.
Allí el sabio,
bajo la luna,
con cuchillos fríos
mata su corazón, y las pasiones,
la sed de besos
ladran al pie de sus murallas negras.

ASTRÓLOGO

La muerte es polvo, telaraña y hueso,
olor de cueva y gesto congelado.
Rígido entre las tablas, ya no verás la luna,
ni el pecho de tu esposa.
Huye… escapa, Hoang-Ti.
Mira…

(Saca un envoltorio.)

Te traigo
el traje que compré a unos pescadores,
huele a junco y a agallas.
Cuando llegue el crepúsculo
huye hacia el Sur.
Allí es de tierra, y baja la muralla;
sáltala; al otro lado
se termina el Imperio de la China.
Allá los hombres tienen
ojos redondos
y no visten de seda.

HOANG

(Apasionado.)

Huiré con ella.

ASTRÓLOGO
No podrás.
Tienes, en unas horas,
que cubrir muchas leguas
y escalar la muralla.
Si huyes con ella
os perderéis los dos.
Toma este traje.

HOANG
No… me quedo Yin-Si,
me ofreces un disfraz
¿y qué es el cuerpo
sino el andrajo del espíritu?…
Voy a cambiar de traje con la muerte.
El vestuario azul de los paisajes,
cuerpos de tigre, o seda de palmeras.
Podré escoger.
Entonces…

HOANG

(Se levanta.)

Dile al Emperañor que aquí le aguardo
preparando el banquete.
Que me honra con su llegada.

ASTRÓLOGO
¿Lo has decidido?…

HOANG
Sí, estoy dispuesto.
Gracias por tu visita.

ASTRÓLOGO
Cumplí con la amistad y me retiro.
Temo
que Liang note mi ausencia en el cortejo.

HOANG

(Con sonrisa cortés.)

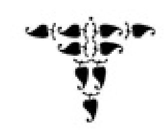
Espero que esta noche vendrás a mi banquete.

ASTRÓLOGO

Vendré a admirar
el heroísmo que hay en tu sonrisa.

(Hace mutis.)

ESCENA III



(Solo.)

HOANG

Le engañé. Me he engañado.
Tengo miedo a la muerte.
Un sudor frío
humedece mi frente.
Le he dicho
palabras puras de filósofo
con mis labios de hombre,
donde una boca de mujer ha puesto
sabor de sangre ya. Temo
disolver en la tierra el cuerpo mío
que Cui-Ping-Sing hizo inmortal besando…
Abandonar mi carne
a través de la cual amé su forma.

(Pausa)

¿Y ella?…
¿Dormirá en otro lecho?…
¿Por su piel de marfil
correrán otras manos
mientras las mías se descarnan
en el reino del topo y las raíces?…
Nunca; ella es mía.
Es cuerpo de mi espíritu,
es alma de mi sangre…
Antes que sea de otro…

(Pausa)

La pierdo por hermosa.
Si yo… si… no… ¿Qué idea
horrorosa me cruza por la frente?
¿Seré capaz… y ella?…

(Pausa)

ESCENA IV



(Con energía.)

HOANG

Cui-Ping-Sing…

(Gritando.)

Cui-Ping-Sing…

(Aparece CUI-PIN-SING.)

CUI

Mi señor…

HOANG

(Cogiendo a CUI-PIN-SING duramente por un brazo.)

Ven… ven… atiende.
El astrólogo vino…

CUI

(Interrumpiéndole.)

Lo sé todo. Lo he oído
detrás de esa columna.

HOANG

¿Lo sabes todo?
¿Y me perdonas?…

CUI

Te perdono,
porque lo hiciste por amor.

HOANG
Cierto; te amaba tanto…
Te quité una corona, pero en cambio
te ofrecí un corazón en carne viva.
Di, ¿lamentas mi engaño?…

CUI
Esposo mío.
Tú me has hecho feliz.
Dudo que un trono
me hubiera dado dicha tan completa.

HOANG
¡Oh… qué alegría
siento al escucharte…!

(Pausa)

Cui-Ping-Sing, ¿tú me amas?

CUI
Bien lo sabes, esposo.

HOANG
¿Me amas más que a tu vida?

(Mirándola fijamente.)

¿Y más que a tu hermosura?…

CUI
Yo te amo
sobre todas las cosas de la tierra.

HOANG
¿Serías
capaz del sacrificio?…

CUI
Eres mi esposo y dueño;
acepto
el dolor que me venga de tus órdenes.

HOANG

Tú sabes
que el Emperador viene a comprobar si le engañé en tu cuadro. Si ve tu boca, estoy perdido.

CUI

¿Y qué pretendes?

HOANG

(Sacando un cuchillo.)

Mira…
con mi cuchillo, rásgate la boca.

CUI

(Rechazándolo horrorizada.)

No… no… apártalo…

HOANG

(Con desdén.)

No me amas.
Tienes miedo.

CUI

(Reaccionando con violencia.)

Jamás… dámelo… mira, no me tiembla la mano.

HOANG

Esperaba
tu heroísmo; esta noche
verá el Emperador que Chang mentía
en su delirio, y que eres
exacta al cuadro.

CUI

Sí; por ti, mi esposo,
me rasgaré la boca,
romperé mi sonrisa.
Pero dime:
¿afeada mi hermosura, me seguirás amando?…

HOANG

(Abrazándola.)

Más que nunca.
Para llegar, amada,
a las lejanas cimas del amor,
nos faltaba el dolor.
Ya lo tenemos.
Esta noche se mezclan
la carne y el espíritu.

(CUI-PIN-SING llora apoyando su cabeza en el hombro de HOANG-TI.)

HOANG

(Con dulzura.)

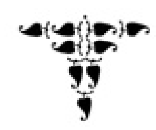
¿Lloras, esposa mía?

CUI
Lloro por mi hermosura que hoy acaba.

HOANG
Yo la recordaré cuando te bese.

TELÓN

CUADRO PRIMERO



Comedor en el Palacio de HOANG-TI. Mesitas bajas y vasijas de porcelana y licores. Al fondo un biombo cubre la habitación de CUI-PIN-SING, donde ésta realiza su sangriento tocado. A la izquierda del espectador el comedor se abre sobre un jardín. Se ven colinas y un trozo de noche estrellada. En escena HOANG-TI paseando lentamente.

HOANG

Noche de la ceniza y de la sangre.
¿Qué sonrisas siniestras me rodean?
Ya no veré caer toda la noche
como plana cometa
sobre el frío inocente del tejado;
ni veré a Cui-Ping-Sing, en seda blanca
bordando crisantemos o volcanes,
ni bailará la nieve
desnuda, en mi terraza.

(Pausa)

Huele el aire a pescado y serpiente.
Los dragones ladran
desde la nube amoratada.

(Pausa)

¡Cómo grita el jardín…!
¡Cómo agoniza el agua…!
Están envenenando a las estrellas.

(Pausa)

¿Cómo en los pabellones del Oeste
hay terciopelos negros?

(Pausa)

Ya las enredaderas
estrangulan columnas y ventanas.

(Gran pausa.)

¡Oh… noche de la muerte y de las lágrimas…!
Quisiera ser un ídolo de bronce
en el fondo de un río,
y que el dolor pasara por encima
envuelto entre la espuma.
Quebrado el corazón, se me derrama
al recuerdo de días más felices;
fuimos claras sonrisas encendidas,
faroles de papel en torno a un agua;
fuimos pólvora, y brújula, y canciones de mayo.
Seremos un ¡diciembre de alcoba y lluvia amarga!

(Pausa. Escucha.)

Cruje la arena del jardín…
Ya vienen…
Viene el Emperador en busca de ella…

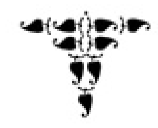
(Vuelve a escuchar.)

No; me engañé; no pisan
tan levemente
los duros pies del hombre.
Sin duda ha sido el roce de la arena
con el sueño de un pez.

(Se oye un agudo grito de mujer.)

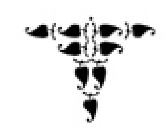
Ese grito…
Cui-Pin-Sing mi amor de oro…
¿Por qué sollozas?… habla.

Acto Tercero





ESCENA II



CUI

He rasgado mis labios con tu cuchillo helado.
¡Ay… mi sangre salpica los espejos de plata…!
Con hierbas venenosas
se infectan mis heridas abultadas.

HOANG

¡Oh… qué llaga terrible
será tu boca… cesa… cesa… para!
Siento que con tu sangre
envuelta se me escapa la alegría…
Felicidad de besos y canciones,
no te vayas de mí,
no me abandones…

(Pausa)

Las noches sin amor,
desde las tejas,
acechan nuestra alcoba.
Cui-Ping-Sing, mi amor blanco…
mi almendra y mi cristal…
Deja un vestigio
de tus labios perfectos
donde mis besos, náufragos de heridas,
se acurruquen temblando.

CUI

Mi esposo y mi señor… aún no es bastante…

aún temo que mi boca
llene al Emperador de un sueño ardiente
y quiera despertar sobre mi pecho.

HOANG

Es suficiente; luego,
cuando pase esta noche de ceniza,
no te olvides, amor, que has de besarme…
¡Ah… tú boca imperfecta…!
Qué beso espiritual de brisa y seda
con rebordes de sangre
dará a mis labios;
qué placer mezclado
de ortiga y miel; no olvides
que nos esperan ¡horas muy azules,
y largas noches; tú, mi mutilada!,
me vas a dar los besos exquisitos
con la piel fina de las cicatrices
que transparenta el ritmo del latido.

(Escucha hacia el jardín.)

Otra vez las pisadas…
los pasos en la arena…
¿No oyes… dime… no escuchas?…
Se aproximan… se acerca…

(Mira hacia las colinas)

Vienen por el molino
entre la luna
y las piedras que giran lentamente.
Luces y risas
sobre el silencio húmedo del río.

(Con desesperación.)

Ya vienen a robarme la belleza.

(Gritando.)

No ceses, Cui-Ping-Sing, en tu tocado
de sangre… rasga… rompe
sin piedad esa carne que aún es mía.
Si flaquea tu mano,
yo empujaré el cuchillo.

Rasga… rasga…
Que por tu boca herida
asome la sonrisa de la muerte:
¿qué me importa tu rostro mutilado,
con tal que seas mía…?

CUI

Te obedezco, señor…

(Da un grito espantoso. Luego se la oye sollozar.)

HOANG

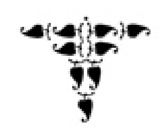
(Con voz apagada y anhelante.)

Ya vienen…
Las antorchas
debajo de las ramas y los nidos
y los albaricoques
son bolas de oro con su luz prestada.
Llega el Emperador, los mandarines,
y Liang, el Canciller;
vienen callados
sobre flores siniestras.

(Pausa)

Suben la escalinata.
Ya están aquí… ya llegan.

ESCENA III



Entran lentamente en escena el EMPERADOR, el Canciller LIANG, el ASTRÓLOGO y un MANDARIN)

HOANG

(Inclinándose profundamente.)

Señor…

EMPERADOR

(Irónico)

Mi viejo amigo;
sin duda, no esperabas mi visita,
oculto
leguas y leguas de muralla,
en un valle rodeado de volcanes,
entre viñas y peces.

(Pausa)

(Se sientan todos en torno de la mesa.)

Te he recordado muchas tardes…
Siempre
en el otoño y el crepúsculo,
y en los libros que hablan de la muerte.

(Pausa)

¿Recuerdas nuestras viejas discusiones,
cuando la biblioteca se llenaba de noche, y nos miraban

desde el Parque ojos puros
de ciervos y de cisnes?…

HOANG
Le recuerdo, señor.

(Pausa)

Pero no estoy oculto,
ni vine a esta provincia
huyendo de la Corte.

EMPERADOR
Tienes finos manjares en tu mesa.

HOANG
Te ofrezco
carne azul de pescado,
arroz y fresas;
nidos de golondrinas,
y en las copas calientes,
vino nevado,

(Pausa)

Como en los viejos tiempos podremos conversar bajo la luna

LIANG
Es hermosa tu casa
y en ella reina la alegría.

HOANG
Es cierto, Canciller. Por sus rincones
se nos quedó olvidada la sonrisa.

EMPERADOR
¿Eres feliz?

HOANG
Lo soy, poseo flores
y máximas morales.
Beso y escribo libros.
En mi tejado
salta el sol y la luna;
me bendice la lluvia;

primavera y otoños me sonríen.

LIANG
Añade a eso
el amor de una esposa
bella, como una rosa en el desierto.

EMPERADOR
Cierto, me han dicho que tu esposa
es la mujer más bella de mi Imperio.

(Pausa)

Afirman que yo tuve su retrato,
y que, necio, no supe
escogerla entre todas
y hacerla emperatriz.

(Pausa)

No la recuerdo…

HOANG
Cui-Ping-Sing mi señor, no sé si es bella.
Yo la amé,
porque ya la había amado
en otro mundo,
en otro siglo.
Cuando por vez primera
me miraron sus ojos,
yo la reconocí.

LIANG
En el retrato
que guardas, Majestad, en tu Palacio,
su larga boca afea su hermosura,
pero acaso el pintor, torpe de mano,
exageró el defecto.

HOANG
Pronto has de comprobarlo.
Excusa su tardanza.
Mujer de las provincias
alarga su tocado, temerosa

del Huésped Imperial que honra mi casa.

EMPERADOR
Eres feliz, Hoang-Ti, y yo te envidio.
Pero dime:
¿Es la felicidad cosa tan corta,
que la risa de un hombre
se riega con las lágrimas de otro?

(Pausa)

Para alumbrar tu casa,
¿no has dejado la noche sobre el campo?
¿No temes que tu dicha
sea como una torre
edificada en una playa?

HOANG
Así es la vida y el destino.
Cuando triunfa el granizo
sollozan los jardines.
Si llora el arquitecto
sonríe el genio de los terremotos.
Sobre este tema
tengo escrito un tratado.

EMPERADOR
¿Escribes mucho?

HOANG
Mucho.
Ni el dolor ni la intriga
turban mi corazón.
En el silencio de la paz escribo
la noble historia de tu dinastía,
desde Han-Fe-Tsé hasta ti.
El descendía
del cielo; eran sus padres
la luna y el dragón.

EMPERADOR
Los reyes de mi estirpe
hicieron la muralla.

Amaban los jardines y los sables.
Como eran refinados y severos
fueron también maestros en suplicios.

LIANG

(Amenazador y dirigiéndose a HOANG-TI.)

¿Describes sus martirios en tu obra?

HOANG
Conozco pocos.

EMPERADOR
De mi viejo archivo
te mandaré unas copias.
Allí verás cómo estos nobles príncipes
castigaban feroces la traición de sus súbditos.

(Bebe una copa de vino.)

Si-Mai-Siam, por ejemplo,
arrojaba a los reos a pozos de cenizas.
Lenta asfixia de gases y de plumas
jadeaban los pulmones en los labios morados.

LIANG
Espantoso suplicio.

HOANG
Era hacer un ahogado
en tierra firme.

(Transición.)

La sequedad de esa ceniza
ha puesto agrios los labios.

(Escancia al EMPERADOR.)

Vino del Sur, señor.
Dulce y alegre…
Las uvas
son el granizo de esta primavera.
Continúa, señor, quiero
describir en mi libro estos martirios.

EMPERADOR

El viejo Lao-Pong a los traidores
los clavaba en maderas
al sol del mediodía,
y cortaba sus párpados;
lagrimeaban los ojos irritados,
líquidos, con avispas en los bordes,
y se quedaban ciegos,
resecos, bajo el sol.

LIANG

Yao, tu abuelo,
a su primer ministro,
desnudo, lo encerró en una jaula
erizada de pinchos
y cañas afiladas,
y lo colgó de un árbol.
El viento al hacerla bailar
lo fue matando.

EMPERADOR

El castigo es cruel, pero fue justo.
La traición del Ministro fue terrible.

HOANG

¿Me la puedes contar?

EMPERADOR

Yao tenía
el herbario más rico de la China.
Por completar sus plantas
envió a su Ministro a las provincias.

(Pausa)

Llegó el Ministro al Sur;
allí un bonzo muy viejo
le regaló una flor
que nace bajo el agua,
y da el amor y la alegría.
El Ministro traidor
guardó la planta

y tres años durmió
con la felicidad bajo los párpados.
Cuando el Emperador supo su crimen
lo condenó al suplicio de la jaula.

HOANG

(Sonriente.)

Colgado de una rama,
tuvo la bella muerte de las frutas.

LIANG

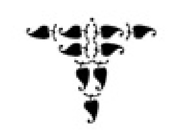
(Suena una melodía lejana.)

Escuchad…

HOANG
Son los músicos
que oculté en el jardín.

(Una esclava se acerca a la mesa y dice:)

ESCENA IV



ESCLAVA

Mi dueña,
tu noble esposa,
Cui-Ping-Sing, te pide
permiso
para ocupar su sitio en el banquete.

(Temblando.)

Señor… tú mandas en mi casa.
Ordena.

EMPERADOR

Esclava, di a tu dueña
que impaciente la aguardo.

(Detrás del biombo se nota movimiento de sedas.)

(Aparece lentamente el brazo desnudo de CUI-PIN-SING.)

HOANG

(Horrorizado; tapandose los ojos.)

Qué monstruo… que dragón…
verán mis ojos
cuando salga del biombo…

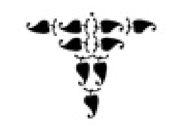
EMPERADOR

Con qué emoción la espero.



(Aparece CUI-PIN-SING más hermosa que nunca.)

ESCENA V



HOANG

(Con asombro y desesperación.)

¡Cómo… infame…!
En lugar de afearse,
realzó su hermosura.
Está
más hermosa que nunca.
Pudo más su ambición.

EMPERADOR
Mujer, hada del viento
y de las nieves.

CUI
Señor…

EMPERADOR

(Obligándola dulcemente a sentarse.)

Ven a mi lado…
Mírame… así…
Qué noche sin luceros
gira en el fondo de tus ojos…

(Pausa)

Tienes
las pupilas con fiebre
del pavo real y la serpiente.

(Pausa)

No me engañó quien dijo que tenías
la pureza de otoño en tu sonrisa.

HOANG

(Lentamente.)

¡Oh… dolor… gime y ruge
dentro del corazón,
pero no salgas al gesto de mi rostro!

LIANG

(Con sarcasmo.)

Hoang-Ti. Tu esposa
no se parece a su retrato y veo
que copiaste su boca con torpeza

LIANG

(Con desprecio.)

Cobarde… eres innoble
¡hasta en el triunfo!

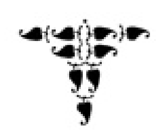
EMPERADOR
Escucha, Cui-Ping-Sing, aquí más cerca…

HOANG
Mujer, al cabo.
Pudo más su ambición.

(Sigue oyéndose una música lenta.)

TELÓN

CUADRO SEGUNDO



Salón de Embajadora en el Palacio Imperial de Pekín. Al fondo una escalinata de mármol conduce a las habitaciones de los Baños. En escena CORTESANO I, el GUERRERO y la DAMA

CORTESANO I
Y dicen que el joyero de la corte,
con perlas de la India,
le está fraguando sobre plata y concha
una nueva diadema.

GUERRERO
De las islas del Sur, los mercaderes
trajeron vivas entre redes
aves del Paraíso
para adornar su pajarera.

DAMA
En sus estanques
han echado cien peces voladores.

CORTESANO I
Y al Oeste del lago,
cerca de la Pagoda de la Luna,
le han fabricado un pabellón cubierto
de sedas rojas.
Allí tiene bufones,
adivinos y astrólogos,
y músicos, que, ocultos en rosales,

le recuerdan melodías del Sur.

GUERRERO
Sí; Cui-Ping-Sing, la nueva Emperatriz,
es insaciable para el placer.

(Pausa)

Tiene un alma de niña.
Palmotea
cuando escucha a los cómicos
disfrazados de vientos o ballenas.
En el trono da gritos de alegría
si los Embajadores
traen regalos de Persia o de Tartania.

DAMA
No tiene majestad en sus maneras.
No es extraño…
Dicen
que su origen es modesto.

CORTESANO I
No tiene antepasados
ni conoce
el protocolo de la cortesía.

DAMA
Nunca
al tálamo nupcial llegó una esposa
de condición tan baja.

GUERRERO
Nunca; la boda
es obra únicamente
de Liang, el Canciller,
para vengarse de su rival Hoang-Ti.

CORTESANO I
No comparto esa opinión,
pues Cui-Ping-Sing posee
suficiente hermosura
para inspirar amor a nuestro Príncipe.

CORTESANO I

Es cierto.
El Emperador la ama ardientemente.
Desde que se unió a ella,
tiene en los ojos
la alegría lejana
de su coronación.

CORTESANO I

Amor es sólo
la juventud que vuelve a nuestras venas.
La actividad y la alegría
han entrado en su espíritu.
En su caballo negro
revista a los ejércitos.
Su tienda de campaña,
pesada
de damascos bordados,
se hincha al viento de todas las laderas,
entre árboles en flor.
Visita la muralla
y examina
los planes de los grandes arquitectos.
Edifica Pagodas y construye canales.
Gracias a Cui-Ping-Sing
ésta es la época
mejor de su reinado.

GUERRERO

Nuestro Príncipe
construye su alegría
con las ruinas
del alma de Hoang-Ti.

(Pausa)

Ayer le visité en su Palacio.

DAMA

(Curiosa.)

¿Por qué ha vuelto a Pekín?

GUERRERO

En el Sur no
podía luchar con sus recuerdos.
Lo encontré
en la penumbra de su biblioteca.
Estaba triste y pálido.
Por la ventana abierta
miraba a la muralla,
que, sin moverse,
corre con sus piedras al Sur.
Hoang-Ti, le dije,
¿Qué miras en el aire de la tarde?
Me contestó: La punta
de esta muralla fría
ya estará florecida,
allá, en las tierras del almendro.
Allí por vez primera vi la luna
en otros ojos que los míos.
Hong-Wu, añadió, mi amigo,
cuando el alma está viva
es el ala de un cisne.
Cuando se muere el alma,
es un banco de hielo
que pesa en nuestra espalda.

DAMA

Desgraciado Hoang-Ti.

CORTESANO I

Su traición fue terrible.

GUERRERO

No fue traición.
Amor es una nube
que baja de otra esfera,
donde no hay jerarquías
ni máximas morales.
Hoang-Ti tuvo lealtad con su conciencia.

CORTESANO I

Me asombra, sin embargo,
que nuestro Emperador

no le haya castigado.

DAMA

Dicen que en el banquete de Kuand-Si
le amenazó
con atroces suplicios.

GUERRERO

Mucho me temo que ahora
cumpla sus amenazas
instigado
por Liang, el Canciller.

CORTESANO I

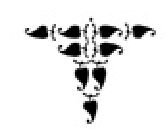
Ese reptil
es implacable en su odio.

DAMA

(Escuchando.)

Silencio.
Ya los Emperadores
suben la escalinata de Palacio.

ESCENA II



Entran la EMPERATRIZ CUI-PIN-SING y el EMPERADOR. Los CORTESANOS hacen mutis

EMPERATRIZ

(Sentándose y abanicándose lentamente.)

Hace calor
lo mismo en los salones
que bajo los frutales del jardín.

EMPERADOR
En efecto, el verano
viene sobre Pekín;
el agua se corrompe entre los juncos.

(Pausa, y mirando con amor a CUI-PING-SING.)

Con su abanico
haces un remolino
de viento azul; un espiral de brisa
que muere en tus mejillas.
Tu mano
se hace carne de pájaro
azotando con sedas y marfiles
la atmósfera apagada.

(Pausa)

Qué hermosa estás cansada y encendida
con un sueño de nieve entre los ojos…

EMPERATRIZ
Arden las nubes blancas
y el aire es el aliento de un enfermo.
Quisiera
sentir el agua fría entre mis manos,
navegar por el río
hasta la Gran Pagoda de la Luna;
allí hay montañas rosas
bajo la noche helada.

EMPERADOR
Tu capricho
es para mí un deseo.
Pasaremos las horas,
juntos, bajo la luna.
Daré órdenes
para que nos preparen nuestra góndola
de las velas de oro.
Llevaremos los músicos.
Nada es tan dulce, como adormecidos,
oír una melodía
que corre por la espuma.

EMPERATRIZ
Huiremos de Pekín
donde hay tan sólo
intrigas, risas falsas.

EMPERADOR
¿No te gusta mi Corte?

EMPERATRIZ
Sólo amo
tu grandeza, tu pueblo,
la diadema que pones en mi frente,
y el grito de la plebe
cuando paso
en palanquín de espejos y molduras;
más desprecio la intriga de Palacio
y las hablillas
de cortesanos y ministros.

EMPERADOR

Tienes razón, huiremos
de nuestra jerarquía.
Esta noche
por la orilla mojada
visitaremos
las tres Pagodas santas:
la de la plata,
la del abanico,
la de la garza ciega.
Por la arena
el punzón de tus pies, blancos de espuma.
Nuestra risa,
regando la corteza de los árboles.
Seremos solamente
un hombre, una mujer, enamorados
en la simplicidad de los paisajes.

EMPERATRIZ

Realizas cuanto sueño.
Qué feliz soy, mi Príncipe.
Qué gratitud te guardo…

EMPERADOR

Gratitud no es amor, esposa mía.

(Pausa y con inquietud.)

¿Te acuerdas aún del Sur?
¿La sombra de Hoang-Ti, pálida y muda,
no pasa por el fondo de tus ojos?

EMPERATRIZ

(Con dulce tristeza.)

Aquello está tan lejos…

(Pausa)

Fui tu predestinada.
Los besos que me
dio los ha usurpado.
Para ti, antes del tiempo,
los genios del destino

fabricaron mi boca,
Soy tuya, mi señor…

(Apasionada.)

Tuya, y te amo.

EMPERADOR
Me amas, esposa mía…

(Pausa)

Pero él te amó primero.
El tuvo
tu amanecer de amor;
la gracia
intacta de tu pecho
y la virginidad de tu mirada,
y el rubor de tu piel que solamente
conocía la seda, el aire, el agua.
El gozó la torpeza de tus labios,
la tímida ignorancia de tus dedos
que tocaban su cuerpo
transfigurando el tacto en la caricia.
El te enseñó las rutas del deseo.

(Pausa y con vehemencia.)

Nunca se olvida la primera boca
que fraguó el beso azul.
Nunca se olvida
la mano que desnuda y prende fuego
al pálido silencio
de la piel virgen; nunca entre nosotros
su recuerdo —tan frágil— nos separa.

EMPERATRIZ
Olvídalo, señor, como yo hice.
Ahora soy tuya y tienes
mi cuerpo y mi sonrisa.
En el amor, mi Príncipe
sólo importa el presente;
Hoang-Ti tiene el recuerdo.
Acaso
cultive da esperanza

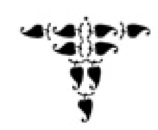
pero el presente es tuyo.

(Pausa. Con alegría, animándole)

Esta tarde,
gozarás de mi amor bajo los árboles
entre perfume y música.
Mírame.

EMPERADOR
Dulce esposa…
Qué alegría recibo en tus palabras…

ESCENA III



Entra un criado que hace una profunda reverencia ante el emperador, y dice:

CRIADO
El Canciller Liang pide permiso
para hablarte
de un grave asunto de Gobierno.

(Dirigiéndose a CUI-PIN-SING.)

Como siempre
los problemas de Estado
turbando nuestro idilio.

EMPERATRIZ

(Sonriendo.)

Es tu oficio, señor.

EMPERADOR
Seré muy breve.

EMPERATRIZ
Yo entretanto
iré a mi habitación para dar órdenes
para nuestro paseo por el lago.

EMPERADOR

(A la emperatriz que sube la escalinata.)

No tardes, Cui-Ping-Sing…

EMPERATRIZ

(Volviéndose.)

En un instante todo estará dispuesto.

EMPERADOR

Yo, impaciente por estar a tu lado,
resolveré este asunto,
no sé si con justicia,
mas sí rápidamente.

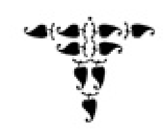
(CUI-PIN-SINGg hace mutis)

EMPERADOR

(Al criado.)

Dile
al Canciller Liang que aquí le aguardo.

ESCENA IV



Entra el Canciller LIANG, hace una reverencia al EMPERADOR, y dice

LIANG
Majestad…

EMPERADOR
Canciller.
Ya me imagino
de quién vienes a hablarme.

LIANG
Perdona mi obsesión, pero no puedo
ver tu honor quebrantado
con menosprecio de la dinastía.

EMPERADOR

(Bajando la voz.)

Canciller… ¿es preciso?

LIANG
Es necesario.

(Pausa y con rabia.)

Hoang-Ti debe morir.

EMPERADOR
Debe morir… ¿y puedo
en el helado río de las almas

sumergir estos brazos,
y parar la corriente silenciosa?
¿Puedo
parar un corazón, con esta mano
que mueve un corazón?…

LIANG
Lo puedes, mi señor.
Eres
Hijo del Cielo; tus antepasados
entroncan con espíritus del aire:
dispones de la vida y de la muerte.

EMPERADOR
¿Y he de lanzar un alma
a la noche sin luna,
al abismo de hiel donde flotan
cuerpos hinchados?

LIANG
Hong-Ti debe morir.
¿No recuerdas la ley?
Pena de muerte
a quien usurpa el tálamo del Príncipe.

(Pausa)

Los labios que besaron a tu esposa
deben tener la tierra entre los dientes.

EMPERADOR
Hoang-Ti es mi amigo; tengo
ideas suyas. Y él las tiene mías.
En nuestros largos diálogos
hemos transparentado nuestras almas.
No le puedo matar…
Le he quitado el amor;
fue su castigo.
No esperes su sentencia de muerte
de mis labios.

LIANG
Deja entonces que diga que aún le ama Cui-Ping-Sing.

EMPERADOR
Cómo, ¿eso ha dicho?

LIANG
Afirma que la fuerza de tus brazos
le arrebató la esposa,
más que su corazón le pertenece.
Que bajo su diadema de Emperatriz,
los sueños de su frente
van a su corazón.

EMPERADOR
Miente… ella es mía…
Es mía… y me lo ha dicho.

LIANG
Hoang-Ti se ríe de tu amor. Yo tuve,
dice, su iniciación y su sorpresa
frente al amor. Y nadie
me quitará el recuerdo
de la noche nupcial.

EMPERADOR
¡Ah… miserable…!
así paga el perdón que le brindaba…
mal amigo y traidor… sigue…

LIANG
Su risa
su ironía cuando habla de tu esposa,
al ultrajar su honor, va socavando
la majestad del trono.
Mientras viva.
irá por calles y plazuelas
agraviando tu nombre.

(Pausa)

Hoang-Ti debe morir.

EMPERADOR
Tienes razón.

LIANG

Que nadie
pueda alzar la mirada
hasta la Emperatriz.

EMPERADOR
Nadie… que muera, si aún piensa en ese amor.

(Pausa)

Liang, da las órdenes
para que Hoang-Ti venga a mi Palacio.

LIANG
Todo
lo tenía dispuesto.
Presintiendo que al cabo seguirías
mi consejo, un criado
ayer envié a su casa con la orden
de que venga a Palacio
por la mañana. Pronto
estará en tu presencia.

(Levantando una cortina.)

Aquí, oculto,
tengo al verdugo.

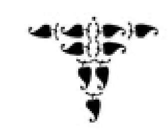
EMPERADOR
Llámalo.

(Llamando.)

Ul-Xi, verdugo,
ven pronto.

(Aparece el verdugo, OL-XI. Va casi desnudo, con un gran sable al cinto.)

ESCENA V



VERDUGO
Mi señor…

(Solemne.)

Ul-Xi, en nombre
de nuestro Emperador, esto te ordeno.
Sube la escalinata
y escóndete en la cámara
que hay enfrente a la sala de los baños.
Cuando en ellos penetre
el Ministro Hoang-Ti, con ese sable
cortarás su cabeza.

EMPERADOR
Ésa es mi orden, verdugo.

VERDUGO
Te obedezco, señor.

(Hace mutis.)

LIANG
Vamos en tanto,
si gustas, al jardín.
Desde la fuente
podríamos esperar la llegada de Hoang-Ti.

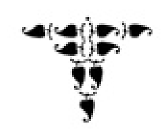
(Pausa)

Hace menos calor bajo los árboles.

EMPERADOR
Sí… vamos; quiero
contemplar la inocencia de las nubes
y el ala de los pájaros.
Y olvidarme
de la ley, de la sangre y los verdugos.

(Desaparecen ambos por la lateral derecha.)

ESCENA VI



La EMPERATRIZ CUI-PIN-SING desciende por la escalinata acompañada de una DAMA.

CUI

¿Dónde está el Emperador?
No me ha esperado…

(Pausa y sorprendida.)

Dijo que me aguardaría
despachando un asunto de Gobierno.
Acaso ha recibido
graves noticias
de las fronteras del Oeste.

DAMA

Es posible, señora,
que te espere
en el embarcadero.

CUI

No; me dijo que me aguardaba aquí.
No lo comprendo.

DAMA

(Escuchando.)

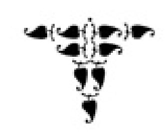
Por el jardín se oyen
pasos ligeros de alguien que se acerca.

CUI

El debe ser…

(Aparece HOANG-TI. Espanto y sorpresa en el rostro de la Emperatriz.)

ESCENA VII



HOANG

(Inclinándose.)

Señora…
¿Cómo?… ¿quién?… Tú, Hoang-Ti…
¿Tú en mi Palacio?…

(Con perfecta calma.)

Tu esposo me ha llamado.
Yo, súbdito obediente,
aquí he venido.

CUI
Hoang-Ti, Hoang-Ti… qué conmoción al verte
turba mi corazón…

HOANG
Es el pasado
que resucita, cuando sólo era
como un sueño.

CUI
Es verdad… hemos soñado
juntos… allá en el Sur…

HOANG
Allí amé a una muchacha,
hija de un viejo encantador de peces.
Su rostro se parece

al de la Emperatriz, nuestra señora.

CUI

Acepto los reproches
que adivino en tus ojos…
La ironía
que encierran tus palabras…

HOANG

No te acuso,
Cui-Ping-Sing; permite que te llame
con este viejo nombre,
que huele a flor y a niña.
No te reprocho nada.
Es el destino
que juega con los hombres,
y da cetros o llagas,
jardines o ataúdes;
hoy junta
y mañana separa.

CUI

Yo te he amado, Hoang-Ti…
Si aquella noche en el banquete
embellecí mi rostro,
no lo hice
para subir al trono,
sino por miedo.
Tú me exigías
destrozar mi belleza,
y no tuve valor.

(Pausa)

Sí me hubieras pedido
solamente la vida…

HOANG

No te disculpes, Cui-Ping-Sing; ¿qué sabes
del amor?…
La belleza,
¿para qué la querías
si perdías mi boca?…

(Pausa)

Eres fría y cruel, pero me has dado
años de juventud y de alegría.

CUI

¿Vienes a mi palacio
a recordarme días que pasaron
y que nunca
volverás a vivir?
Dime: ¿tú qué pretendes
vagando por mis salones
como el fantasma de mi juventud?
¿Quieres
con tu acusación muda
turbar la paz dorada de mi trono?
¿O abrigas esperanzas, cuyo sólo
pensamiento sería
la sangre en tu garganta…
quién sabe si mi muerte?

HOANG

No te asustes; las gradas de tu trono
están muy altas para mí,
y no sueño.

(Pausa)

Pero aunque sólo hubiera
un escalón de mármol,
pasaría sin verte.
La Emperatriz de China no me importa
Muñeca de cristal y porcelana
que adorna los salones y las góndolas,
ambiciosa y cruel…; allí la dejo…
Pero la niña blanca
que tu rostro recuerda,
la dulce Cui-Ping-Sing, que entre moreras
bordaba y sonreía…
ésa vengo a mirar en tu mirada,
y quiero, en tus facciones,
reconstruir su rostro ya borroso.
Ella es mía, y la guardo en mi recuerdo

como en un ataúd.

CUI

(Suspirando.)

Estamos cerca y, sin embargo,
¡qué abismos nos separan…!

HOANG
Te guardo en la nostalgia
afilada
por el dolor; tu espíritu
reclinado en mi sueño.
Yo te amé…
puro símbolo…
expresión de infinitas claridades…
Yo no amaba tu boca,
yo quería
eso que flota en tu sonrisa,
y en tus ojos buscaba
esa luz milagrosa
que nos circunda y mueve.
Yo no adoré tu cuerpo,
sino tu forma musical y antigua.

CUI
No me hablabas así cuando era tuya.

(Apasionada.)

Hoang-Ti, mi esposo…
Ya nunca
te volveré a besar sobre la tierra.

HOANG
No termina el espíritu
colgado de otras formas.
Nos volveremos a encontrar,
mi amada…
Yo guardaré tu nombre…

(Deletreando.)

Cui-Ping-Sing…

Sonido de campana
en la negra memoria de los muertos,
para reconocerte
entre todos los seres
en el día
de la reencarnación.

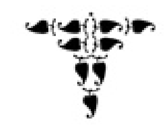
(Pausa)

Ya presiento mi tránsito
a otra esfera más limpia.
Mis manos se despiden de las cosas.
Te cito en otra vida,
en un jardín de vientos fabulosos.

CUI

Yo he de acudir, humilde y sin diadema,
lágrimas en mis ojos,
a pedirte perdón.

ESCENA VIII



(Entra una DAMA, que dice:)

DAMA
Señora.
El Emperador viene por la alameda
acompañado
de Liang, el Canciller.

CUI
Marchémonos entonces;
no quisiera que me encontrara hablando aquí contigo.

(Hacen mutis.)

HOANG
Mi señora…

CUI

(Volviéndose.)

Espero
a la vuelta del lago
encontrarte.

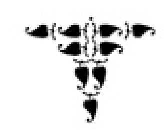
HOANG
Lo dudo.
Voy a pedir permiso a nuestro Príncipe
para emprender un viaje
largo… muy largo…

CUI

Vamos.

Adiós, esposo mío…

ESCENA IX



Entran en escena el EMPERADOR y el Canciller LIANG.

EMPERADOR
Ministro Hoang-Ti.

(Pausa)

Te esperábamos
por el jardín.

HOANG
Señor, entré
por la puerta
de las carrozas reales.

EMPERADOR

(Con falso afecto.)

Hace meses que no te veo.

HOANG
Apenas salgo
del jardín de mi casa.
Me dedico a la meditación.

LIANG
La última vez que hablamos
fue en el Sur, en la cena:
¿no te acuerdas?

HOANG

(Con desprecio.)

A ti no te recuerdo.

EMPERADOR

Te he mandado venir porque deseo
que vuelvas a la Corte
para ocupar tu cargo de Ministro.

HOANG

Lo agradezco, señor; pero me extraña
que busques sustituto
a Liang, el Canciller.
Cierto que es hombre
que si escribiera libros,
con todo lo que ignora, llenaría
tu inmensa biblioteca;
pero, en cambio,
conoce el ajedrez perfectamente.

EMPERADOR

El Canciller está cansado
del peso del Gobierno.

HOANG

¿Su bolsa se ha cansado
también del dulce peso?

LIANG

Tengo en el rostro arrugas,
tú estás más joven.
Mientras yo gobernaba,
tú en el Sur te entregabas
al amor con la joven
más bella del Imperio.

EMPERADOR

Debes volver a mi Palacio.
El momento es difícil:
los tártaros
atacan las fronteras,

los príncipes feudales
no obedecen mis órdenes.
Necesito
tu consejo ilustrado.
Eres sabio, Hoang-Ti.

LIANG
Te necesita.

(Pausa)

Dícese que los sabios
tienen siete agujeros
dentro del corazón.
Cuánto daría
por poder comprobarlo…

HOANG
Canciller Liang, alabo
esa curiosidad que yo no siento
hacia ti.

EMPERADOR
Desde ahora
entras a mi servicio.
No lo ruego, lo mando.

HOANG
Gracias, señor, por tu bondad.

EMPERADOR
Arriba tienes
las túnicas de Corte.
Esta tarde
la Emperatriz y yo vamos al Lago,
quiero que me acompañes.

HOANG
Así lo haré.

EMPERADOR

(Abanicándose.)

¿No notas?…

Hace un calor terrible…
Puedes tomar un baño,
aquí te espero.

HOANG
Me seduce la idea
porque el calor me asfixia.
Seré breve.

(Sube lentamente la escalinata.)

LIANG

(Mirándole.)

No sospechó.

EMPERADOR
Ya sube hacia la muerte.

LIANG
Y lleva la sonrisa
encendida en la boca.

EMPERADOR
Sin embargo, en sus ojos
había una tristeza;
acaso presentía su castigo.

LIANG
Imposible, señor.
Hoang-Ti es cobarde.
Recuerda
que propuso a su esposa
que afeara su rostro
para salvarse.

EMPERADOR
Es diferente; entonces
defendía su amor.
Ahora sólo su vida.

(Pausa)

Hoang-Ti sabrá morir.

LIANG

No lo sospecha.
Ha subido sonriendo.

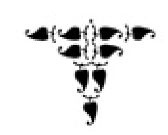
(En lo alto de la escalinata se ve al verdugo entrar con el sable en la mano en la Sala de los Baños. El EMPERADOR le mira con temor.)

EMPERADOR

Mira…
Ya entra el verdugo…
Huyamos de Palacio.
Ya la sombra del crimen
inunda los salones
y se queda
helada en los espejos…
Hoang-Ti era mi amigo…
Ven… salgamos…

(Se dirigen hacia la lateral derecha, tropezando con un criado que capitanea a otros cuatro, portadores de un ataúd recubierto con paños blancos, con crisantemos bordados.)

ESCENA X



EMPERADOR

¡Cómo!… ¿quién sois vosotros?…
¿Qué traéis entre paños escondidos?…

CRIADO

Somos, señor,
criados de Hoang-Ti; esta mañana
nos reunió y nos dijo:
Mi Emperador me llama a su Palacio.
Instigado
por un malvado me quitó la esposa.
Esta mañana
va a quitarme la vida.
Sé que voy a morir pero obedezco.
Compradme un ataúd
de una madera noble
y cubridlo con paños con mi cifra.
Diez minutos después de haber entrado yo en Palacio
id con el ataúd
a recoger mi cuerpo.
Y aquí estamos, señor, porque él
no se engañaba nunca.

(Con vehemencia.)

Espíritu admirable…
Heroísmo en su sonrisa y en su gesto…
Corro a salvarte.

(Se dirige presuroso hacia la escalinata y, gritando,

sube unos escalones.)

LIANG
Mi señor…

EMPERADOR
Verdugo, ¡detente!

LIANG
Mi señor…

EMPERADOR
Detente.

(Aparece el VERDUGO en lo alto de la escalinata limpiando con un paño de seda blanca la hoja ensangrentada del sable.)

(Con desaliento.)

Es tarde…

LIANG

(Con alegría, frotándose las manos.)

Es tarde…

EMPERADOR

(Con profunda tristeza.)

Tu sangre sobre el sable,
noble amigo…

(Pausa)

Tu sombra para siempre
se alza entre Cui-Ping-Sing y mi deseo.
Sobre tu boca pálida
una mancha de sangre…
Sangre en mis manos…
por tu herida
la niebla de tu espíritu admirable

(Sollozando.)

Hoang-Ti… mi dulce amigo…
Desde la blanca esfera donde habites,

perdona a tu señor; yo te lo digo
por la antigua amistad que nos unía.

LIANG
Calma, señor, ya no remedias nada.
Calma… calma.

EMPERADOR
¿Por qué?…
Si estoy tranquilo…
No ha sucedido nada…
Continúa la vida en mi Palacio.

(Pausa y mirando con ira al Canciller LIANG.)

Y ahora, con toda calma…
¿No has notado
que hace un calor terrible?
Es preciso
que tú también tomes un baño.

LIANG

(Cogiéndole las rodillas y en tono suplicante.)

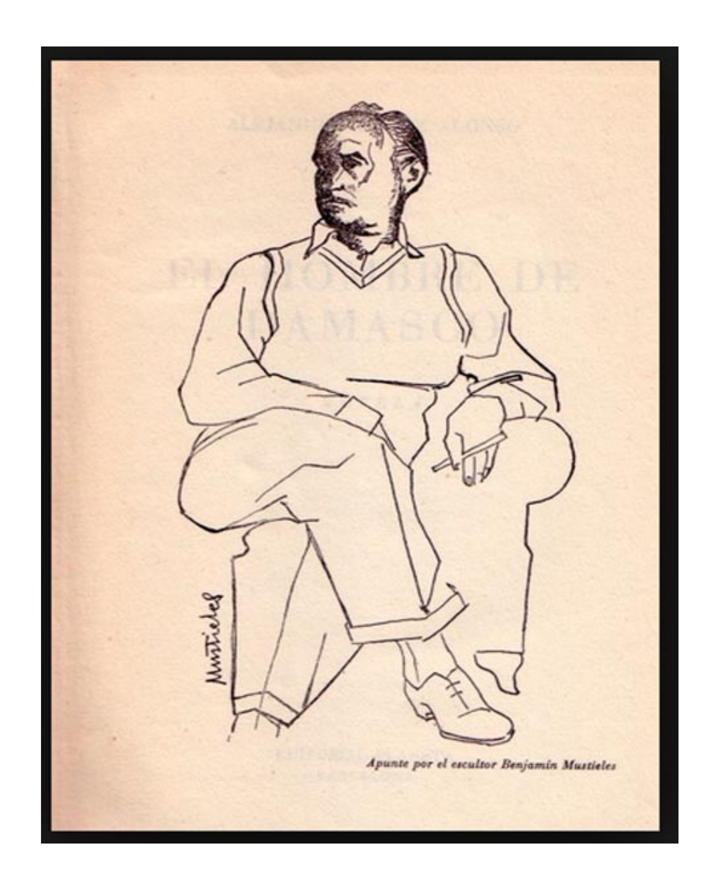
Perdón, señor, perdón…

EMPERADOR
Es inútil,
Canciller Liang…

(Con fría sonrisa y abanicándose lentamente.)

Hace un calor terrible.

TELÓN



Apunte por el escultor Benjamín Mustieles

AGUSTÍN DE FOXÁ, III conde de Foxá y IV marqués de Armendáriz, (Madrid, 28 de febrero de 1906 – 30 de junio de 1959), poeta, novelista, periodista y diplomático español.

Sus primeros versos los publicó en *De todo un poco*, revista del Colegio del Pilar. Estudió Derecho en su ciudad natal; en 1930 ingresó en la carrera diplomática y fue destinado a Sofía y Bucarest. Su colega Edgar Neville fue una de sus primeras amistades literarias. Colaboró en revistas como *La Gaceta Literaria*, *Héroe* y *Mundial*, y en la prensa diaria (en *ABC* desde 1930). Su primer libro, *La niña del caracol* (Madrid, 1933), con dedicatorias a Ramón Gómez de la Serna, María Zambrano y Marichalar, fue editado y prologado por Manuel Altolaguirre; mezcla elementos del Modernismo con otros procedentes de las Vanguardias y el 27. Antes de la guerra sólo publicó otro libro, *El toro, la muerte y el agua* (Madrid: Imprenta de Galo Sáez, 1936), con prólogo de Manuel Machado.

La Guerra Civil le encontró en Madrid, donde acababa de tributársele un homenaje con motivo de haber sido destinado al Consulado de España en Bombay; como era aristócrata, estuvo a punto de ser fusilado, como escribe a su hermano:

A la postre marchó a Bucarest como Secretario de Embajada en la Representación Diplomática de la República, desde donde, tras unos meses de doble juego, se unió al bando nacional. Participó en diversas revistas de la Falange, como *Jerarquía* y *Vértice*, y más tarde dirigió *Legiones y Falanges*, publicación bilingüe en español e italiano. Como diplomático estuvo destinado además en Roma, de donde fue expulsado en 1940 bajo la acusación de espionaje, en Helsinki (en 1942 visita el frente de Leningrado acompañado por el escritor Curzio Malaparte) y en Buenos Aires (1947-1950), en donde obtuvo un profundo conocimiento de la realidad española e internacional. Ingresó en las filas falangistas en la turbulencia de los años treinta. Dio numerosas conferencias por Hispanoamérica, donde a veces encontró la oposición de los exiliados republicanos. Recibió el premio Mariano de Cavia en 1948 y en 1959 fue nombrado académico de número de la RAE en el sillón Z, aunque no llegó a tomar posesión. A finales de 1949 y comienzos de 1950, participó en la «*misión poética*» con los poetas Antonio de Zubiaurre, Luis Rosales y Leopoldo Panero, recorriendo diferentes países iberoamericanos (entre otros Honduras) previamente al restablecimiento de relaciones diplomáticas entre estos países y el régimen de Franco. En ese mismo año (1950) es destinado a la Embajada española de La Habana, y vuelve a España en 1955, año en que es elegido además académico en la Real Academia Española sucediendo a Agustín González de Amezúa, pero murió el 30 de junio de 1959 sin haber pronunciado su discurso de ingreso.

Agustín de Foxá era habitual de la tertulia del centenario Café literario *Novelty* en la Plaza Mayor de Salamanca, punto de encuentro habitual de los literatos y artistas de la ciudad.

Foxá cultivó gran número de géneros literarios, destacando en todos, especialmente en la lírica y la novela; también fue uno de los primeros en cultivar el relato de ciencia-ficción (un par de ellos se cuentan entre los mejores de la literatura especulativa española: «*Viaje a los efímeros*» y, sobre todo, «*Hans y los insectos*»). En cuanto a su poesía, de forma muy elaborada, resaltan libros como *La niña del caracol* (1933), *El toro, la muerte y el agua* (1936), *El almendro y la espada* (1940), *Poemas a Italia, Antología poética 1933–1948* (1948), *El gallo y la muerte* (1949). Igualmente destacó por su ingenio en la sátira, como en su famoso soneto a Celia Gámez, y se cuentan numerosas anécdotas sobre sus boutades y agudezas verbales; decía que como embajador de una dictadura en democracias podía disfrutar de lo mejor de los dos sistemas; del Frente de juventudes soltó: «Son unos niños vestidos de gilipollas mandados por un gilipollas vestido de niño». El mismo se retrató:

Gordo; con mucha niñez aún palpitante en el recuerdo. Poético, pero glotón. Con el corazón en el pasado y la cabeza en el futuro. Bastante simpático, abúlico, viajero, desaliñado en el vestir, partidario del amor, taurófilo, madrileño con sangre catalana. Mi virtud, la imaginación; mi defecto, la pereza. Soy conde, soy gordo, fumo puros; ¿cómo no voy a ser de derechas? Todas las revoluciones han tenido como lema una trilogía: libertad, igualdad, fraternidad fue de la Revolución francesa; en mis años mozos yo me adherí a la trilogía falangista que hablaba de patria, pan y justicia. Ahora, instalado en mi madurez, proclamo otra: café, copa y puro.

Se acercó al teatro, escrito a veces en verso (*Cui-Ping-Sing* (1940), *El beso a la bella durmiente*), aunque también escribió teatro en prosa como el drama *Baile en capitanía* (1944) o la comedia *Gente que pasa*, premiada por la Real Academia Española.